

# El **conflicto** de las **facultades**

Sobre la universidad y el sentido de las humanidades

Miguel Giusti (Ed.)

## Capítulo 37

ANTHROPOS



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL CONFLICTO de las facultades : Sobre la universidad y el sentido de las humanidades / Miguel Giusti, editor. — Barcelona : Anthropos Editorial ; Lima (Perú) : Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019 430 p. ; 24 cm. (Autores, Textos y Temas. Filosofía ; 108)

Bibliografías

ISBN PUCP: 978-612-317-461-3

ISBN Anthropos: 978-84-17556-15-0

1. Filosofía y teoría de la educación : Finalidad moral y social de la educación  
2. Filosofía social y política 3. Humanidades 4. Enseñanza superior: Universidad  
I. Giusti, Miguel, ed. II. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial (Lima)  
III. Colección

Primera edición: marzo de 2019

© Miguel Giusti y otros, 2019

© Anthropos Editorial. Nariño, S.L., 2019

Edita: Anthropos Editorial. Barcelona

[www.anthropos-editorial.com](http://www.anthropos-editorial.com)

En coedición con la Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial

Avenida Universitaria 1801, San Miguel, Lima

ISBN (Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial): 978-612-317-461-3

ISBN (Anthropos Editorial): 978-84-17556-15-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-03734

Registro del Proyecto Editorial: 31501361900285

Diseño de cubierta: Javier Delgado Serrano

Imagen de portada: Jorge Eduardo Eielson, *Rotor VI*, 1977

Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial

(Nariño, S.L.), Barcelona. Tel.: (+34) 936 972 296

Tiraje: 500 ejemplares

Primera edición: marzo de 2019

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Risco 580, Lince. Lima - Perú

Impreso en Perú - *Printed in Peru*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

## POR EL BIEN DE LAS HUMANIDADES: LECTURA, LIBERTAD, CONOCIMIENTO, VERDAD, JUSTICIA Y EL LUGAR DE LAS HUMANIDADES\*

*Rachel Elior*

*Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel*

Hace aproximadamente 2.300 años, el dramaturgo griego Menandro (342-291 a.e.c.) discutía la importancia de la lectura y el propósito de la educación: «Aquellos que saben leer ven el doble de bien». Él tenía razón: es indudable que una visión amplia y una percepción profunda —u horizontes amplios y una comprensión profunda— nos ayudan a lidiar con las complejidades de la condición humana y a librarnos de las cadenas de los estereotipos que oscurecen el pensamiento libre. Una visión y una percepción tales dependen de una lectura que ilumine lo concreto con la luz de lo abstracto, coloque la simplicidad del presente en el contexto del pasado complejo, ofrezca una reflexión profunda acerca de la vida humana, libere a las personas de los límites azarosos y arbitrarios dentro de los cuales ellas han nacido, y las transporte a mundos numerosos y diversos que nunca antes hayan visitado. Leer; quizá más que ninguna otra actividad humana, enseña a las personas a reconocer la brecha entre la realidad y lo que es deseable; a expandir las fronteras de lo obvio y a modificar axiomas fundamentales. Crea oportunidades para nuevas intuiciones acerca del contexto y las causas, las razones y los significados, la crítica y la moralidad, la sabiduría, la resistencia, la conciencia y la responsabilidad. Proporciona encuentros fascinantes entre los infinitos reinos del espíritu humano y la diversidad de la mente y el razonamiento humanos, con todas las inesperadas manifestaciones que pueden encontrarse bajo la superficie de experiencias sociales y culturales ostensiblemente familiares.

La educación comienza inculcando la lectura, hilando una letra con la siguiente, desentramando así la conexión entre el sonido y el signo, de modo tal que el lenguaje escrito pueda convertirse en una herramienta para el estudio, la comprensión, la imaginación y la creatividad. Este proceso culmina con los estudios académicos a nivel universitario, los cuales buscan reexaminar todas nuestras presuposiciones básicas por medio de distintos lenguajes, razonamiento filosófico y procesos de pensamiento crítico. Con ello se desmantelan y reconfiguran las fronteras del conocimiento a través de nueva información, asociaciones y cooperaciones intelectuales insospechadas, preguntas originales, comparaciones inesperadas e intuiciones novedosas a medida que cuestionamos las normas aceptadas. A lo largo de todo este proceso, en efecto parece tener vigencia la regla de Menandro: «Aquellos que saben leer ven el doble de bien». Siglos más tarde, el rabino Isaac Campantón (1360-1463), uno de los más importantes académicos judíos de España entre fines del

---

\* Traducción del inglés de Rodrigo Ferradas y Alexandra Alván.

siglo XIV e inicios del siglo XV, haría comentarios similares con respecto a la conexión entre la lectura y la sabiduría: «El incremento de libros trae consigo el incremento de sabiduría y la sabiduría de un hombre llega solo tan lejos como sus libros» (Campantón, 1565, introducción).

Comentarios como estos no fueron considerados controversiales durante muchas generaciones, desde tiempos inmemoriales hasta nuestros días. No sería necesario brindar aclaraciones especiales en torno a ellos si no fuese por el peligro que hoy afrontan las humanidades. El creciente desprestigio público del campo, debido al hecho de que la mayor parte de sus asuntos de investigación y temas de estudio no está directamente al servicio de las prioridades de crecimiento económico o interés tecnológico de los diferentes gobiernos del mundo global, ha llevado a constantes recortes en los presupuestos para la educación superior. Estos recortes se reflejan en una substancial reducción del número de profesores y estudiantes. Nuestra presente discusión no sería necesaria si no fuese por el hecho de que en las últimas décadas se ha escuchado voces, desde distintos ángulos, cuestionando la importancia de la lectura dentro de ámbitos académicos de conocimiento que no parecen brindar aplicaciones prácticas o tener un impacto económico que contribuya directamente al producto bruto interno (PBI). También han sido cuestionados de este modo los ámbitos intelectuales que cultivan la crítica y no preparan trabajadores obedientes que contribuyan con el sistema de valores dominante de la sociedad de consumo y la economía competitiva que se centra en el desarrollo de nuevas tecnologías, biotecnología, computadoras y cibercomunicaciones. Nuestra discusión no sería necesaria si no fuese por aquellos que cuestionan la viabilidad y los beneficios de las bibliotecas o de los departamentos académicos que no contribuyen directamente a este sistema de valores; no sería necesaria si no fuese por quienes dudan de la relevancia del modelo universitario académico, validando solo aquellas partes del sistema que se ocupan de las ciencias prácticas, tecnológicas y aplicadas, mientras desprecian el valor de los estudios «no aplicados» que no atienden las necesidades económicas del país y no contribuyen directamente al posicionamiento nacional en la competencia tecnológica internacional.

Esta aproximación capitalista considera al estudio académico relevante solo en la medida en que permita el desarrollo de campos prácticos que estén al servicio del interés político nacional, tales como alta tecnología, economía doméstica, industria nacional, fuerzas armadas, ingeniería, negocios y comercio, inversión bursátil, finanzas y gestión. Nadie pone en duda la importancia de todos estos campos prácticos, los cuales resultan vitales para la supervivencia de una nación soberana y para asegurar el florecimiento de una sociedad democrática independiente y estable. Sin embargo, tales campos no anulan en absoluto la necesidad de facultades teóricas y bibliotecas «no aplicadas», en las que la importancia de la lectura no se mide por la subida del valor de las acciones bursátiles, el impacto económico, el interés político, la contribución a las fuerzas armadas o al beneficio comercial. Los intereses económicos del mundo de los negocios y el sistema de valores de la sociedad consumista, con su énfasis en la abundancia material, no pueden desplazar de su lugar vital a los estudios académicos no dominados por consideraciones de ganancias, poder, beneficios, interés político o relevancia para el PBI. Dichos estudios tienen sus raíces en la lectura libre, la crítica libre y la curiosidad intelectual independiente; en el estudio teórico y la investigación «pura» que busca plantear preguntas

teóricas o lidiar con indagaciones morales o asuntos históricos, así como con preguntas textuales, culturales y filológicas, y expandir las diversas dimensiones del conocimiento. Es decir, están enraizadas en la búsqueda del conocimiento por el conocimiento mismo. Las humanidades están motivadas por un deseo de conocer, aprender, investigar y comprender; un deseo de integrar varios campos de conocimiento, de desafiar el conocimiento existente, de buscar nuevo conocimiento o de criticar las teorías vigentes. Dichos estudios dependen de la presencia de individuos expertos que posean conocimiento y puedan transmitirlo; asimismo, dependen del acceso libre a varias fuentes de conocimiento y lugares para la conservación del mismo, y de la presencia de bibliotecas abiertas que preserven la creatividad humana a través de generaciones sucesivas.

En lo que sigue, intentaré aclarar brevemente la esencia ideal de la facultad de humanidades universitaria, enraizada en los mencionados valores del aprendizaje por el aprendizaje mismo, un aprendizaje que no está sujeto a ningún propósito aplicado ni a intereses externos.<sup>1</sup> Intentaré iluminar, desde un ángulo menos familiar, las áreas de las que es responsable la facultad de humanidades. Quisiera también explicar la crucial contribución que hacen las humanidades a la exploración del espíritu humano y a la promoción de valores universales asociados con la dignidad humana y los derechos humanos, sobre la base de conocimiento, verdad, justicia, libertad, igualdad de derechos y libre acceso, libertad de expresión y crítica, en beneficio de todos los seres humanos, independientemente de su religión, nacionalidad, raza, estatus social o género.

Las universidades se involucran en numerosas y variadas áreas dentro de cualquier campo del conocimiento que se haya hecho acreedor de reconocimiento y valor científico, o que pueda ser sometido a investigación racional, estandarización, evaluación, debate y corroboración o refutación. A grandes rasgos, sin embargo, es posible hablar de dos grandes campos —las *humanidades* y las *ciencias*—, a partir de los cuales se ramifican todas las otras disciplinas.

Idealmente, las *humanidades* exploran diferentes manifestaciones del *espíritu humano* y del espectro de la *creatividad humana*, la *cultura humana* y los *valores humanos a lo largo de la historia*. Los estudiantes examinan en este campo las principales leyes y valores, las innovaciones y revoluciones, las mitologías y escritos elegidos por distintas sociedades a lo largo de la historia, así como las decisiones centrales y cruciales y los principales caminos de creatividad que dichas sociedades recorrieron y conmemoraron. Los académicos y estudiantes examinan aquello que hizo a la gente mejor o peor; tanto con respecto a circunstancias específicas de tiempo y lugar como en relación con la esencia universal de la vida con sus diferentes significados en distintas culturas. El sociólogo alemán Max Weber (1864-1920) señaló que «el ser humano es un animal suspendido en redes de sentido tejidas por él mismo»; mientras que el antropólogo estadounidense Clifford Geertz (1926-2006) añadió lo siguiente: «considero que la cultura misma es esas redes» (Geertz, 1973, p. 5). La investigación humanística se ocupa de varias dimensiones del espíritu humano, tanto abstractas como concretas, a lo largo del curso de la historia. Asi-

---

1. Resulta interesante que el término «lecturer», utilizado en inglés para referirse a un profesor universitario, proviene del término «leer» en latín. Algunas universidades en Inglaterra y en otros lugares aún emplean el término «reader» (lector) para referirse a académicos experimentados.

mismo, explora las «redes de significado» que dicho espíritu teje para sí tal como se manifiestan en el lenguaje y los símbolos, la religión, el mito y la ley, el gobierno, la ideología y las cosmovisiones, los rituales culturales y la expresión de la autoridad, la literatura y la poesía, el pensamiento y el arte, las matemáticas y la filosofía, la hermenéutica y la historia de la ciencia, la historia y la música, la arquitectura y la escultura, el folclore y la conciencia dependiente del tiempo, la memoria escrita y la creatividad continua en todos los ámbitos distintos y únicos del pensamiento humano, tal como estos se modifican en el curso de la historia.

Por su parte, las *ciencias* buscan explicar todos los aspectos de la realidad sobre la base de observaciones, análisis y cálculos. Asimismo, buscan crear modelos generales que den razón de la mayor cantidad posible de fenómenos observados o calculables. Esto supone el estudio de las leyes cíclicas y eternas de la naturaleza, con su continuidad y cambio. En su mayor parte, hasta hace algunas generaciones, las ciencias exploraban *cosas que no habían sido creadas por humanos*. Sea que describamos el universo en términos de creación y de un acto de Dios o en términos de fenómenos naturales, la evolución, el ciclo del agua en la naturaleza, el calor del sol o las ciencias de la Tierra, en cualquier caso, todos estaríamos de acuerdo en que los cielos, la tierra y todo lo que ellos contienen *no fueron hechos por humanos*. Asimismo, estaríamos de acuerdo en que sus leyes no se vinculan a las características propias de la existencia humana, tal como se modifica dentro de los límites del tiempo y el espacio, sino a una realidad universal e infinita sometida a *leyes y ciclos de origen no humano*. A manera de generalización, se denomina *naturaleza* a todas aquellas áreas en las que los humanos están *controlados* por ciclos, cambios, condiciones, procesos evolutivos y fuerzas naturales. En suma, todos aquellos dominios que nosotros mismos no generamos, poseemos o controlamos. Aspiramos a comprender las leyes universales fijas y cambiantes que crean, generan y condicionan la naturaleza; aspiramos a comprenderla, analizarla, interpretarla, generalizarla y definirla, así como a utilizarla para nuestro beneficio.

La *cultura*, en cambio, incluye todo aquello que nosotros poseemos y que no se habría podido generar o crear sin nosotros; todo lo que hacemos y controlamos. Todo acto de creación humana —libros, números y relatos; lo sagrado y lo profano; la ley y la moralidad, el orden social, los números, las medidas y la evaluación; la fe y el arte; lenguaje y símbolo; lo abstracto y lo concreto; la interpretación y el comentario; el culto a Dios y el trabajo agrario— refleja lo que los seres humanos han hecho desde que tomaron conciencia de sí mismos, buscando añadir lo que *la naturaleza no tiene y nunca tuvo*: memoria, historia, mito, ritual, escritura, lectura, pensamiento y cálculo, creatividad e interpretación, ley y justicia, moralidad, filosofía, conteo y contabilidad, arte, cultura, religión y culto, conocimiento, verdad, libertad y justicia, autoridad y gobierno, conciencia, crítica, literatura y poesía, pintura, teatro y folclore, danza y música, matemáticas, astronomía, psicología, arquitectura, lógica, derechos humanos, justicia social, teoría de la relatividad, historia de las ideas, ajedrez, jardinería, ética, tejido y manualidades, e innumerables otros campos.

El historiador y filósofo alemán Wilhelm Dilthey (1833-1911) propuso hace más de 120 años que la diferencia entre las ciencias y las humanidades radica en la manera en que buscan explicar los fenómenos del mundo. Las ciencias, sostuvo Dilthey, buscan revelar las relaciones *causales* entre los fenómenos, mientras que las humanidades buscan exponer su *significado* y comprenderlos en profundidad.

Podríamos intentar embellecer o cuestionar estas definiciones, actualizarlas o reconocer su complejidad. Sea como fuere, sin embargo, nadie puede negar que hoy en día estos dos grandes campos no gozan de igual apreciación, presupuesto o estatus (véase Academia Israelí de Ciencias y Humanidades, 2007). Esta diferencia de estatus nos conduce al famoso «conflicto de las facultades» descrito por el filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804) en 1798 (Kant, 1979). Kant esbozó el hecho de que existe una terca lucha de poder entre el gobierno y la universidad en torno al derecho de configurar la esfera pública y las prioridades académicas e influir en ellas. Describió la compleja y tensa relación en las diferentes facultades entre el poder político y sus demandas, por un lado, y las prioridades de la razón humana autónoma, por otro. En tiempos de Kant, las facultades de teología, derecho y medicina —las cuales eran más útiles para los intereses y las necesidades del poder político: regulación, orden, control legal y social— eran consideradas «facultades superiores». En ellas se ensañaba lo que las autoridades consideraban necesario y útil. Por su parte, la facultad de filosofía —fundada sobre la consideración del conocimiento y la sabiduría como expresión de la autonomía humana en el ámbito de la ciencia y la investigación— era considerada una «facultad inferior», pues necesariamente era incapaz de atender las necesidades políticas.

En nuestros tiempos, las facultades de ciencia y tecnología, ingeniería, comunicaciones, biotecnología y medicina son las «facultades superiores», pues son las que mejor sirven a las necesidades político-económicas nacionales en un mundo globalizado y competitivo de negocios, alta tecnología, potencias militares e industria. Las humanidades, por su parte, son la «facultad inferior», pues no sirven a ninguno de estos intereses político-económicos nacionales. Si el objetivo es maximizar la eficiencia y recortar costos de acuerdo con un sistema de valor de ganancias y pérdidas, o si la meta es aumentar el PBI ignorando su distribución social, siempre habrá en la esfera pública —o en las arenas capitalista, militar o política— quienes sugieran, o impongan, el cierre de departamentos universitarios «ineficientes» o «irrelevantes». Tales departamentos son aquellos que, desde esta perspectiva, no sirven al interés económico nacional ni a su poder político. Se trata de unidades dedicadas a campos como la filosofía, la egiptología, el asirio, los estudios de la cultura inca, ópera italiana, teatro griego, musicología, folclore, estudios africanos o estudios *yiddish*; campos dedicados a la exploración de la creatividad humana y a la promoción de una comprensión de significados históricos y culturales desde distintos ángulos, sobre la base de la memoria escrita, un lenguaje único y las expresiones visuales, orales, artísticas, religiosas y materiales de cada cultura en su desarrollo histórico.

Es muy improbable que alguien sugiera cerrar departamentos «eficientes» de ciencias, ciencias naturales o de cualquier otra área que sirva directamente a las prioridades e intereses del poder político y sus motores económicos. Las humanidades o artes liberales son estudiadas por aquellos estudiantes curiosos y entusiastas que han de ser los futuros ciudadanos del mundo democrático, no solo de sus propias localidades nacionales. Se trata de estudiantes que aprecian la cultura y el arte, la sabiduría y la ley, la moralidad, la libertad y la justicia, la creatividad y el conocimiento, los idiomas y la música, la filosofía, la filología, la poesía, la literatura y la historia. Las humanidades son estudiadas por amantes de la memoria y de la verdad: dos valores íntimamente relacionados. De hecho, la palabra griega para verdad es *ἀλήθεια* (*alêtheia*), que literalmente significa «no olvidar»

—λήθη (*lêthê*) significa «olvidar», mientras que *a-* es un prefijo usado para formar conceptos negativos, como en las palabras «asimetría» o «atonal»—. Las humanidades son estudiadas por aquellos que buscan comprender mejor la condición humana y su afinidad con conceptos como conocimiento, coraje, autonomía, razón, moralidad, honestidad, verdad, justicia, igualdad, libertad, tolerancia, multiculturalismo y dignidad humana; así como su afinidad —igual de importante— con conceptos opuestos como ignorancia, miedo, injusticia, falsedad, tiranía, genocidio, racismo, totalitarismo, ocupación militar, esclavitud, subyugación, humillación, *apartheid*, segregación, opresión, colonialismo, exclusión y discriminación. Estos estudios cultivan la tolerancia, la paz, la libertad, la igualdad y el multiculturalismo, así como la crítica racional y moral de los poderes políticos, capitalistas y militares. Adicionalmente, cultivan la sensibilidad ante la condición humana y la justicia social, así como la sensibilidad ante los derechos humanos y civiles. Aquellos que buscan recortar o cerrar dichos campos de estudio —que son una amenaza para la obediencia civil y el orden económico autoritario— declaran con ello que la exploración de estos conceptos —estudiados en profundidad en la facultad de humanidades— es inútil, pues no da lugar a ganancias ni sirve a ninguna causa o interés gubernamental.

Las universidades son responsables de la nutrición de ambas esferas del conocimiento: las humanidades y las ciencias, con todos los temas que cada una de ellas supone, independientemente de las prioridades e intereses de los poderes económicos y políticos.

Una antigua obra judía escrita hace aproximadamente dos mil años, *Séfer Yetzirá* («Libro de la Creación»), subraya el fundamento común de ambas esferas. La obra sostiene que el mundo fue creado con veintidós letras (cantidad de letras del alfabeto hebreo) y diez números. En otras palabras, percibimos nuestro mundo a través de conceptos compuestos de letras y números. El número fijo de *letras* se combina de formas infinitas para crear los ámbitos del lenguaje, mediando entre lo concreto y lo abstracto, y expandiendo así ampliamente las fronteras de la imaginación y la creatividad. Los *números*, cuyos signos también constituyen una lista limitada (los diez enteros del 1 al 10), se combinan de manera similar, mediando entre lo finito y lo infinito, y entre lo abstracto y lo concreto, creando una serie infinita de números que expande las fronteras del conocimiento a territorios anteriormente desconocidos. El autor de *Séfer Yetzirá* añade que «el mundo fue creado en números, letras y relato». Cada palabra, compuesta por un significante y un significado, puede ser comparada a un iceberg: una pequeña parte suya se muestra por encima de la superficie del agua, mientras que la mayor parte de su masa está sumergida en los pasados del lenguaje, en las profundidades. De modo semejante, cada número conocido encarna potencias y combinaciones desconocidas. Las letras y los números, en tanto signos numéricamente limitados que encapsulan innumerables sentidos, son compartidos por Dios y por los hombres en el proceso de creación y creatividad divinas y humanas, proceso que reúne lo conocido y lo desconocido, lo concreto y lo abstracto, el pasado y el presente. Todo lo que yace dentro del alcance humano, todo lo que puede comprenderse y entenderse, interpretarse y generalizarse, analizarse y definirse, criticarse y explorarse dentro de los ámbitos de lo concreto y de lo abstracto está vinculado a libros, números y relatos enraizados en una familiaridad con las letras y los números.

Las universidades cumplen una función primordial en la *preservación de estas letras y números —los libros y sonidos de todas las culturas o la creatividad acumulada de todos los ciudadanos del mundo—*. Estas son las bases del conocimiento, la memoria y la verdad, la lectura y la escritura, el testimonio y el mito, la religión y el pacto, la ciencia y la documentación, el simbolismo y la interpretación, el arte y la creatividad, la literatura y la poesía, la libertad y la justicia, la verdad y la igualdad, la concreción y la abstracción, la filosofía y la matemática, la investigación y la crítica. En conjunto, todos estos diversos testimonios de la creatividad humana establecen la dignidad y la libertad humanas, el significado de la vida, los deberes y derechos humanos, todo lo cual se vincula estrechamente al conocimiento, la verdad y la justicia. Estos valores básicos se asocian también al reconocimiento de que no debemos quedarnos en el sentido más literal y superficial, sino expandir el conocimiento existente en todos los campos, explorando intuiciones vigentes y los límites de lo obvio en cada caso, desentrañando causas y sentidos, contextos y claves que puedan revelar o crear nuevo conocimiento. Esta compleja función asumida por las universidades puede organizarse en cinco campos interconectados. Cada uno de ellos puede ser considerado peligroso o subversivo por los poderes políticos que no desean cultivar la indagación libre acerca del pasado o el presente, o que no desean mantener vivas la crítica libre ni la reevaluación de la ley, el orden y la justicia social, en tanto prácticas que pueden socavar los intereses nacionales. A continuación mencionaré brevemente cuáles son estos campos y los discutiré en mayor detalle más adelante. En todas sus facultades, escuelas y disciplinas, las cinco funciones principales de las universidades son las siguientes:

1. *recolectar*, documentar y almacenar el conocimiento existente, incluyendo el conocimiento controversial, datos censurados o debatibles y evidencia subversiva;
2. *explorar* el conocimiento existente e inculcarlo en los diferentes niveles de enseñanza desde un punto de vista de crítica sistémica, revisión científica y evaluación desafiante;
3. *diseminar* conocimiento en el mundo de la investigación y en la esfera pública, manteniendo la evaluación profesional por pares y la crítica racional abierta, así como un sistema de valor claro y una alta sensibilidad con respecto a la justicia social;
4. *crear nuevo conocimiento* que desafíe las convenciones y los axiomas existentes;
5. *desafiar* la brecha entre lo deseable y lo real en nombre de la autoridad del conocimiento, la verdad y la justicia, de acuerdo con los logros recientes de la ciencia en el mundo libre.

### **1. Recolectar, documentar y almacenar el conocimiento existente, incluyendo el conocimiento controversial y evidencia subversiva**

La primera función de la universidad es recolectar y almacenar el conocimiento por todos los medios: servir como repositorio de todo el conocimiento, los tesoros culturales, la evidencia natural, la historia legal y los logros científicos disponibles. Sin esta infraestructura del conocimiento, la memoria y la tradición —dentro de la cual debe mantenerse un balance constante y complejo entre lo particular y lo uni-

versal, los valores nuevos y viejos, y entre los gustos cambiantes del pasado y del presente—, no es posible el trabajo académico. Una universidad de investigación tiene una necesidad constante de bibliotecas, repositorios, museos, colecciones y archivos; de colecciones de plantas y fósiles, departamentos de colecciones de manuscritos y artes, colecciones de partituras musicales y cartas, hallazgos arqueológicos y colecciones de mapas. Requiere de bases de datos de material digital, escaneado y fotográfico, así como de laboratorios para preservar fragmentos, pergaminos antiguos y libros y estudios de temas raros necesarios para la investigación. Cada uno de estos componentes por sí solo y todos en conjunto constituyen la preservación de la memoria y los tesoros culturales, reflejando la creatividad diversa y los sentidos cambiantes que vinculan el pasado y el presente.

Todos los involucrados en los mencionados campos, los cuales resultan de importancia fundamental en tanto manifestaciones de los cambios en la memoria humana y en su creatividad cultural, harían bien en recordar los versos iniciales de la *Teogonía* de Hesíodo, el primero de los poetas griegos. Hesíodo vivió en el siglo VIII a.e.c. y sus poemas relatan la historia de los dioses, el nacimiento de las musas y las maravillas de la creación. Hesíodo llama la atención sobre el hecho fascinante de que Mnemosyne, la *diosa de la memoria*, es la madre de las nueve *musas* que imparten su espíritu e inspiración a la creatividad humana en los campos del mito y la literatura, la historia y la poesía lírica, la comedia y la tragedia, la danza, el verso erótico y la poesía sagrada, la astronomía, el verso épico y el arte de la oratoria (Liebes, 1996). En otras palabras, *nunca se crean en un vacío* el arte y la literatura, la poesía y la historia, la religión y la ciencia, el teatro, la oratoria, y todos los productos de la inspiración de las musas en todas sus manifestaciones. Toda creación valiosa necesariamente nace de la memoria cultural que se nutre del pasado compartido y cuyos valores están sometidos a la prueba del tiempo. Dicha creación innova y crea en el presente por virtud de un talento único, a través de un proceso de estudio e interpretación, adopción e imitación, análisis, juicio y crítica.

Vale la pena recordar también la paráfrasis moderna de esta idea en los comentarios del diseñador japonés contemporáneo Yuji Yamamoto: «Con mis ojos dirigidos hacia el pasado, camino de espaldas hacia el futuro» (citado en Menkes, 2011). Poco tiempo antes, el gran escritor alemán Thomas Mann (1875-1955) empezaba su novela *José y sus hermanos*, una versión del relato bíblico de José, con las siguientes líneas de gran resonancia:

HONDO es el pozo del pasado. ¿No habría que llamarlo insondable?

Insondable, de hecho y quizá precisamente, si —y solo si— de lo que hablamos y por lo que preguntamos es el pasado del ser humano: esa enigmática naturaleza que contiene dentro de sí nuestra propia existencia, naturalmente placentera y sobrenaturalmente miserable, y cuyo secreto constituye, muy comprensiblemente, el alfa y omega de todo nuestro hablar y nuestro preguntar [...] Pues precisamente entonces sucede que mientras más hondamente escarbe uno, mientras más profundamente penetre en el inframundo de lo pasado y lo toque, se revelan como enteramente indescribibles los principios iniciales de lo humano, de su historia, de sus costumbres [Mann, 1952, p. 9].

La novela de Mann, con las profundas intuiciones que contiene, no podría haber sido escrita si el inspirado autor no hubiese aprovechado los logros de la egiptología y de los estudios bíblicos alemanes. La novela no podría haber sido culmina-

da, de no haber tenido el autor acceso físico e intelectual a la investigación filológica del hebreo bíblico y del egipcio faraónico, a los hallazgos arqueológicos de Egipto y el antiguo Oriente, y a la lingüística comparada de las lenguas antiguas. El genio, talento e inspiración únicos de cada creador artístico, capaces de reflejar un aspecto inesperado de la experiencia humana, son siempre individuales. Sin embargo, incluso aquellos bendecidos con una memoria excepcional, talentos únicos y pensamientos elevados —lo que les permite alcanzar resultados extraordinarios en sus campos— nacen dentro de una cultura y un lenguaje comunes que constituyen siempre la herencia del pasado.

Los grandes creadores se nutren libremente de su entrenamiento académico, de su familiaridad con obras de arte y de su dominio del conocimiento acumulado en los libros y estudios que los han precedido, desde tiempos remotos hasta el presente. Hacen uso de estos elementos creativamente, pues, como vimos, Mnemosyne (o la memoria) es la madre de las nueve musas y la verdad —*alêtheia*— implica no olvidar. No es una coincidencia que el significado original del término latino «*texto*» —proveniente del verbo «*texere*», «tejer»— sea una tela (como se evidencia en el término «*textil*»), un tejido hecho de hebras intercaladas en trama y urdimbre. Así, el autor o creador de un texto también teje una trama y urdimbre de lo conocido y lo olvidado, combinando palabras, conceptos y oraciones de obras previas, de la memoria, y del lenguaje tomado como urdimbre, añadiendo su propio contenido como la trama. El resultado de esta combinación es una nueva *textura* y nuevos *textos*.

Análogamente, podríamos considerar las humanidades y las ciencias como la trama y la urdimbre que forman juntas la infraestructura cultural por medio de la cual buscamos controlar el caos. La investigación universitaria depende en gran parte de todos aquellos responsables de localizar, recolectar, documentar, catalogar y preservar el conocimiento. Ellos harían bien en recordar el perspicaz comentario del poeta inglés W.H. Auden (1907-1973): «Siempre hay otra historia; algo que escapa a la vista» (1944). Con esto en mente, los curadores, los investigadores, los estudiantes, los bibliotecarios, los lectores, los archivistas y todos los involucrados en el proceso académico no deben confinarse nunca a una sola historia ni a un solo hallazgo visible. Deben llevar a cabo una búsqueda constante, siguiendo el ejemplo de la conversación entre dos gigantes de la cultura judía del siglo XX.

Gershom Scholem (1897-1982), el gran pensador que fundó la investigación académica de la mística judía en Jerusalén, conoció de joven al escritor y futuro premio nobel (1966) S.Y. Agnon (1887-1970) en la biblioteca comunitaria judía en Berlín durante los primeros años de la Primera Guerra Mundial. Scholem —en ese entonces un hombre joven— le preguntó al académico más experimentado por qué revisaba tan minuciosamente el catálogo de la biblioteca. La respuesta de Agnon fue una que Scholem nunca olvidaría: «Buscaba un libro que quizá no hubiese leído aún» (Scholem, 1970, p. 123). La descripción de Agnon que Scholem brinda ofrece un retrato ideal de un lector y académico: «Él venía de una ciudad en Galicia, en cuya Casa de Aprendizaje se encontraban varios miles de tomos de literatura hebrea, los cuales él había devorado en su juventud. Era capaz de contar alguna historia acerca de cada libro y cada autor» (Scholem, 1970, p. 123). Agnon tituló su libro de relatos acerca de escritores, libros y bibliotecas *Libro, escritor y relato*, aludiendo a la frase «libro, número y relato» del *Séfer Yetzirá* que discutimos anteriormente y que indicaba los materiales básicos a partir de los cuales se creó el mundo. Agnon

fue un lector excepcionalmente apasionado que nunca se cansó de buscar voces peculiares cercanas y distantes, relatos antiguos y nuevos, y libros familiares y olvidados. Él tejió sus hallazgos del pasado en sus propios libros y relatos a la manera del más hábil de los tejedores, mezclando texto y textura, libro, escritor y relato.

Los grandes escritores y poetas de todas las culturas han seguido siempre un camino similar, iluminando las experiencias ostensiblemente familiares del presente con la luz del pasado descubierta en sus estudios con el fin de revelar rincones inesperados. Hesíodo y Homero trabajaron de este modo, también lo hicieron los autores de los *Salmos* y del *Libro de Job*, así como Dante, Shakespeare, Proust, Sartre, Jorge Luis Borges e incontables otros. Para que sea posible la producción continua de obras maestras por parte de autores que iluminen la complejidad de la experiencia humana en todo lugar y tiempo y con el fin de ampliar las mentes de los estudiantes, los artistas y los creadores, hay una necesidad constante de continuar buscando la memoria del pasado a la vez que expandiendo las fronteras del conocimiento del presente y profundizando nuestra comprensión, a medida que intentamos alcanzar una mayor exactitud histórica. Dicho conocimiento también asegurará la provisión constante de inspiración creativa que bebe del «pozo del pasado». Las universidades requieren de delegaciones de expertos en manuscritos, arqueólogos, investigadores de historia del arte, fonólogos que registren la memoria musical de las diferentes culturas y académicos de todos los campos posibles que sean capaces de localizar y salvar voces y libros perdidos, diarios, testimonios y documentos, antes de que estos sean condenados al olvido. Las manifestaciones del conocimiento, la belleza, el arte y la sabiduría de tiempos remotos pueden convertirse en fuentes no solo de información y estudio, verificación histórica, contexto historiográfico y crítica cultural, sino también de inspiración y creatividad; dichas manifestaciones pueden inaugurar caminos inesperados para nuevas investigaciones.

## **2. Explorar el conocimiento existente e inculcarlo en los diferentes niveles de enseñanza desde un punto de vista de crítica sistémica y evaluación desafiante**

El conocimiento de todos los periodos y lugares descritos anteriormente constituye el fundamento para el estudio y la investigación propios de las instituciones académicas, sea por escrito u oralmente, con el fin de expandir el conocimiento, diseminar la educación y continuar con el proceso de creación e investigación que nutre la lucha por el conocimiento, la verdad, la justicia, la igualdad, la libertad y los derechos humanos, como se discutirá más adelante. Los estudiantes e investigadores aprenden y enseñan sobre la base de fuentes primarias y los trabajos más recientes, volviéndose gradualmente catedráticos de nivel inicial, intermedio y avanzado que han absorbido el conocimiento de sus predecesores e innovado sobre la base del trabajo de sus antecesores. Este proceso consume mucho tiempo e implica la adquisición de lenguas antiguas y modernas, lectura y análisis inacabables, así como práctica en varias habilidades pertenecientes a diferentes campos del saber. El amplio espectro de estos estudios impide que los estudiantes se ganen la vida fuera de la universidad. Con el fin de apoyar a los estudiantes que dedican la mayor parte de su tiempo a la lectura y al estudio, a la práctica y el entrenamiento en bibliotecas o

laboratorios, y cuyos logros destacados reflejan su compromiso con sus estudios, las universidades han establecido un sistema de becas (en inglés, *scholarships*).<sup>2</sup> La palabra inglesa «scholarship» proviene del griego *σχολεῖο* (*scholeio*) y del latín *schola*, términos referidos en su origen al tiempo libre, a la interrupción del trabajo y a una persona que aprende en su tiempo libre, en tanto no tiene que trabajar porque alguien más es responsable de su manutención. La misma raíz, claro, aparece en palabras como escuela, escolar y escolástica, todas las cuales tienen su origen en el tiempo libre para los estudios, el cual supone que alguien le pague un estipendio a quien aprende, pues quien dedica su tiempo a los estudios no puede a la vez trabajar para su propia manutención. Estas becas no son nunca suficientes y los investigadores y profesores deben aplicar constantemente a fundaciones externas competitivas con el fin de asegurar el apoyo a la investigación de los estudiantes que supervisan.

Podría asumirse que la enseñanza, o inculcación del conocimiento, es la función más familiar del mundo académico, pues este es el aspecto con el que entra en contacto la mayoría de personas durante sus propios estudios universitarios. En realidad, sin embargo, la enseñanza universitaria difiere de cualquier otro tipo de enseñanza. Esta enseñanza está basada en la presuposición de que un estudiante que adquiere una educación académica completa —que incluye grados de bachillerato, maestría y doctorado adquiridos en un periodo de diez o trece o años, alcanzando niveles de excelencia adecuados— será luego capaz de enseñar en las áreas en las que se ha vuelto experto. A diferencia de lo que ocurre en cualquier otra institución de enseñanza, sin embargo, la enseñanza académica no está basada solamente en la inculcación del conocimiento o las habilidades adquiridos. Este tipo de enseñanza supone también la creación de nuevo conocimiento por parte del profesor a través de un proceso de investigación sometido a revisión. El proceso de creación implica la revisión exhaustiva del trabajo de aquellos que aportaron previamente al campo relevante, y la contribución al conocimiento existente por medio del estudio, el examen, la comparación y la crítica.

Los profesores universitarios están sometidos a la crítica constante por parte de los colegas más experimentados en su campo, tanto en su propio país como alrededor del mundo. Esta crítica empieza con la revisión de las tesis de maestría y doctorado y continúa con cada artículo o libro publicado, los cuales son evaluados por expertos del campo respectivo. Al leer y escribir, aprender y reseñar, publicar los resultados de sus estudios y al ser constantemente evaluados por sus pares, los investigadores funguen simultáneamente como profesores, inculcando el conocimiento existente a diferentes niveles de enseñanza, guiando y motivando a los estudiantes investigadores para que creen nuevo conocimiento y expandan los límites existentes, y juzgando —rigurosa y anónimamente— el trabajo de sus pares y estudiantes. La naturaleza del estudio académico universal y la revisión por pares académica internacional crean una comunidad universal de conocimiento que trasciende las

---

2. El Comité para la Evaluación de la Educación Superior en Israel, dirigido por Avraham Shochat, instauró un subcomité dirigido por el profesor Menachem Ya'ari. En un informe remitido en julio de 2007, el subcomité señaló que una importante dificultad en las humanidades es «el sistema de apoyo exiguo y casi inexistente para los estudiantes de doctorado, la falta de perspectivas de incorporación de estudiantes de doctorado luego de completar sus estudios, la ausencia de un sistema adecuado para el entrenamiento en el extranjero y el colapso de las bibliotecas de investigación» («El futuro de las humanidades en el informe Schochat», 2007, p. 28).

fronteras nacionales. Como es bien sabido, el comité editorial de las revistas académicas y las editoriales académicas envían, antes de la publicación, los artículos escritos por tales profesores investigadores a una revisión internacional realizada por lectores anónimos y reseñadores profesionales. Este proceso descentraliza a las autoridades locales y a los intereses nacionales y enseña modestia, multiculturalismo y cuán relativa puede ser la apreciación del trabajo. En su trabajo de enseñanza, los profesores investigadores deben estimular e inspirar, motivando a los estudiantes a encontrar nuevos patrones de pensamiento, a la vez que les inculcan conocimiento existente, adquiriendo nuevo conocimiento y perspectivas internacionales, y estudiando métodos críticos internacionales. Los profesores deben ser capaces de juzgar qué es valioso y de aclarar los criterios para la crítica. Asimismo, deben poder enseñar razón y valor, importancia y prioridades, metodología y crítica, sensibilidad, tolerancia y multiculturalismo a través de un proceso de creatividad académica independiente y con bases sólidas.

### **3. Diseminar conocimiento en el mundo de la investigación y en la esfera pública, manteniendo la evaluación profesional por pares y la crítica racional abierta, así como un sistema de valor claro y una alta sensibilidad con respecto a la justicia social**

La función ordinaria de los profesores se limita a la enseñanza en su propio campo y a la expansión del conocimiento del que disponen los estudiantes en la institución específica en que trabajen dichos profesores. En contraste, los profesores académicos no solo deben aprender y enseñar, también deben ampliar constantemente el círculo de los involucrados en la inculcación y adquisición de conocimiento. En otras palabras, deben crear nuevo conocimiento y someterlo al riguroso examen por parte de sus pares y colegas más experimentados, como se discutió previamente. Sea de forma impresa o digital, la publicación académica es un proceso de doble vía. Por un lado, busca expandir el círculo de aquellos que gozan de un conocimiento que se extiende más allá de los confines temporales y espaciales de una cierta institución o clase y presentar este conocimiento al público. Después de todo, el conocimiento académico en cualquier campo es valioso solo en la medida en que cumple con criterios universales relevantes en el campo en cuestión. Por otro lado, cada publicación busca también expandir el círculo de potenciales críticos que puedan cuestionar su contenido, criticar la innovación, refutar el modelo o la metodología del autor, así como corregir, refinar, rechazar o mejorar los hallazgos.

La comunidad académica que constantemente juzga y critica el trabajo de investigación, a la vez que ella misma es constantemente juzgada y criticada, antes y después de la publicación, tiene un carácter internacional. Desde el nivel doctoral en adelante, la evaluación a lo largo del desarrollo del trabajo de investigación no está confinada temporalmente y tiene lugar en la arena de la comunidad académica internacional. Una de las tareas que los profesores universitarios deben llevar a cabo —además del estudio, la enseñanza y la investigación— es redactar opiniones acerca de la obra de sus colegas y estudiantes investigadores provenientes de todo el mundo. Los estudiantes investigadores destacados viajan alrededor del mundo para entrenarse y especializarse en departamentos de estudio, escuelas de idiomas, archivos, laboratorios y bi-

bliotecas. Lo hacen por diversos motivos: aprender lenguas raras en los países en los que estas lenguas se hablan; familiarizarse directamente con la cultura en la que se basa su investigación; examinar manuscritos, documentos o monedas; estudiar directamente los sistemas legales, el folclore o la flora en otro país; o especializarse en las tecnologías más avanzadas en medicina, física, ciencias de la información, lingüística, nanotecnología, computación e incontables otros campos. Los profesores e investigadores principales estudian y enseñan en diferentes instituciones alrededor del mundo académico durante periodos sabáticos o durante periodos dedicados a la investigación en la propia institución con el fin de expandir su conocimiento y descubrir nuevas aproximaciones y tecnologías de la investigación, o para acceder a nuevos modelos de cooperación o a colecciones únicas u obras originales. Los estudiantes e investigadores jóvenes estudian y se especializan en innovaciones científicas y de investigación en todos los campos con el fin de expandir sus capacidades y volverse miembros de la comunidad académica internacional, con su información, cooperación, creatividad, ciencia e investigación ilimitadas.

#### **4. Crear nuevo conocimiento que desafíe las convenciones y los axiomas existentes**

La investigación académica busca constantemente expandir su base de datos y ampliar sus campos de indagación para comprender el significado pleno de los hechos conocidos en diferentes campos; innovar en los patrones de pensamiento, análisis e interpretación; alimentar el pensamiento original e inspirador; plantear nuevas preguntas; revisar los métodos de investigación y elaborar las definiciones, los modelos y los criterios usados en los diferentes campos del pensamiento. La investigación también busca integrar diferentes campos del saber de modos que quiebren las fronteras establecidas, creando nuevo conocimiento a través de cooperación interdisciplinaria y la formación de grupos de investigación. Como hemos visto, los profesores y los investigadores principales son lectores académicos que constantemente actualizan y expanden su propia educación, iniciando nuevas investigaciones, escribiendo y publicando, a la vez que se someten a la evaluación y la crítica. Paralelamente inculcan conocimiento a los estudiantes de pregrado, fomentan la creación de nuevo conocimiento en los estudios de maestría y guían a los doctorandos en direcciones revolucionarias, a la vez que facilitan los estudios interdisciplinarios. Asimismo, evalúan el trabajo de sus estudiantes y de sus pares y mantienen un compromiso con la crítica sistémica del conocimiento existente con el fin de trazar nuevas rutas y embarcarse rumbo a nuevos horizontes para crear nuevo conocimiento.

#### **5. Desafiar la brecha entre lo deseable y lo real en nombre de la autoridad del conocimiento, la verdad y la justicia, de acuerdo con los logros recientes de la ciencia en el mundo libre**

Los investigadores académicos adquieren constantemente conocimiento en todos los campos por los que se interesan, desde los himnos del Rigveda de la antigua India y las nociones sumerias de los cielos, pasando por la historia del ejército mongol

o las misteriosas esculturas de la Isla de Pascua, hasta el arte renacentista o las tablillas cuneiformes; e innumerables otros campos. Aprenden por el aprender mismo, sin un motivo externo, y son libres de elegir su campo de investigación y temas de estudio. Los investigadores académicos se dedican a la adquisición y la elaboración de conocimiento libre de consideraciones comerciales, económicas, industriales, políticas y de seguridad. Son libres con respecto a toda autoridad metafísica y gozan de una libertad plena para reexaminar, buscar lo inesperado y destruir estereotipos arraigados.<sup>3</sup>

La libertad de estudio e investigación en todos los campos de la actividad humana y en el mundo natural —junto con la libertad de pensamiento, expresión y creatividad— forma la esencia de la libertad académica. Como hemos visto, los investigadores académicos están sujetos solo a la evaluación profesional, crítica y anónima a través del sistema de evaluación y publicación académica, sometiendo toda publicación al escrutinio profesional. Durante el desarrollo de su trabajo, los académicos gozan de libertad académica en el sentido en que pueden examinar cualquier tema desde cualquier ángulo. Son libres de buscar aspectos inesperados que subyacen a los fenómenos con los que estamos familiarizados; no están obligados a dar nada por sentado; y gozan del derecho de expresar su opinión en cualquier campo, sin riesgo de amenaza explícita o implícita. Los investigadores gozan de libertad académica y están libres de toda influencia externa. Pueden escoger un campo de estudio reducido o amplio, esotérico o convencional. Al examinar el campo escogido, acceden a toda posible fuente de información, a un ambiente intelectual dinámico, a los desafíos de la crítica y a la membresía en la comunidad internacional de aquellos involucrados en su campo profesional.

Dichos investigadores están llamados a expandir y analizar el significado del conocimiento en su campo y a examinar su jerarquía. Deben cuestionar las presuposiciones básicas y las verdades dominantes, apoyándose en sus propias intuiciones en el campo y en otros campos con los que estén familiarizados. Deben separar constantemente la paja del trigo, cuestionando axiomas, reconsiderando los métodos de investigación establecidos, yendo más allá del consenso e intentando alcanzar puntos de vista alternativos que puedan refutar la sabiduría heredada. Puede suceder que acaben poniendo en duda y socavando conceptos existentes o normas evidentes, examinando con un ojo crítico presupuestos bien asentados. Investigan todo concepto científico o social y constantemente aspiran a ampliar las fronteras del conocimiento. A medida que exploran y formulan nuevos criterios, deben exponer constantemente su trabajo para que sea sometido a crítica en conferencias académicas, aulas y en publicaciones académicas profesionales y revistas con revisión por pares.

Los investigadores deben ser desafiantes y provocadores, no deben temer a la crítica si alcanzan nuevos hallazgos, argumentos, direcciones de pensamiento o modelos que ofrecer para examinar datos o si tienen una interpretación distinta que brindar. Deben desafiar las fronteras del conocimiento y no tener miedo de criticar la ley y la justicia, la literatura y la cultura, los presupuestos matemáticos básicos, o

---

3. Naturalmente, puesto que lidiamos con seres humanos, el esbozo ideal presentado aquí con respecto a la universidad y sus objetivos principales no siempre se realiza en la práctica. Como en toda institución, es posible encontrar, en ocasiones, brechas entre la visión y la realidad. Por ello es necesario a veces hacer concesiones debido a las circunstancias cambiantes, las limitaciones administrativas o la naturaleza de las relaciones humanas.

a la clase dirigente y a la naturaleza de los intereses políticos que impulsan su conducta. Deben criticar las verdades establecidas si es que perciben injusticia, discriminación o subyugación, así como examinar los propósitos comúnmente aceptados y el sistema de valor dominante. Deben pronunciarse en contra de la injusticia, la exclusión y la discriminación, la segregación y la subyugación. Es parte de su tarea expandir las fronteras del conocimiento, la verdad y la justicia, la moralidad, la igualdad, la accesibilidad y la libertad. Los académicos que no están amenazados por su propio gobierno nacional o por regímenes militares opresivos y dictaduras intimidantes gozan de una mayor libertad de expresión y de un margen de acción más amplio que cualquier otro trabajador. También disfrutan de prestigio y autoridad social, así como de protección profesional, gracias a su independencia frente a los intereses externos de los ricos y poderosos, de empleadores y accionistas, de la autoridad metafísica o de las reglas del servicio civil o las reglas de la censura, y de las fuerzas de seguridad que restringen la libertad de expresión. Están libres del poder de la gente de negocios y de los especuladores, de los magnates de los medios y de otros que protegen vacas sagradas y becerras de oro de varios tipos, siempre y cuando no se acerquen demasiado a los poderes políticos. Con su estatus privilegiado, los académicos deben comprometerse con la lucha constante por la libertad, criticando los relatos unilaterales que oscurecen las narrativas del otro, ofreciendo un análisis crítico de las estructuras de poder, las prioridades políticas y los sistemas de valores. Deben cuestionar las normas vinculadas al abuso, a la obediencia, a la subyugación, a la discriminación, a la desobediencia y a la desigualdad en la sociedad. Deben examinar las voces de aquellos que moldean el discurso y los valores públicos, pero también, y no en menor medida, las de aquellos que han sido ignorados y silenciados, de aquellos cuyas experiencias de vida y valores no son tomados en cuenta. Deben estar siempre atentos para reconocer la evolución de perspectivas a lo largo del tiempo, así como para tomar conciencia de la presencia y ausencia de diferentes voces en la esfera pública.

Por su naturaleza, las universidades encarnan una contradicción y una tensión inherentes. Suponen una dimensión conservadora, debido a su compromiso con la preservación y la inculcación del conocimiento existente, dentro de la estructura de la jerarquía y la disciplina académicas. Al mismo tiempo, poseen una dimensión desafiante, innovadora e incluso subversiva, comprometida con el fomento de la investigación crítica que pueda modificar las fronteras del conocimiento y de la autoridad en cualquier esfera. Este proceso de desafío y provocación implica reexaminar normas aceptadas desde hace mucho tiempo, iluminar perspectivas inesperadas, la integración inusual de diferentes campos de conocimiento, así como un proceso de juicio y crítica que evalúe el viejo conocimiento y cree conocimiento nuevo y original. Las universidades son esencialmente intelectuales, inquisitivas, curiosas y críticas; crean tierra fértil para desafiar la sabiduría dominante en cada campo. Por ello, resulta natural que sus egresados, investigadores, estudiantes y profesores estén a la vanguardia de la crítica y la protesta con respecto a asuntos vinculados a la dignidad humana, así como de los esfuerzos para promover la paz, la justicia social y los derechos humanos. Conceptos clave de la era moderna nacieron en aulas de seminarios, discusiones académicas, institutos de investigación, bibliotecas universitarias, conferencias y publicaciones, volviéndose, desde entonces, parte del dominio público a través de conferencias públicas y escritos de divul-

gación. Ello incluye conceptos como teoría crítica, libertad de información, dignidad de la mujer, violaciones de los derechos humanos, desviación y norma, discurso y deconstrucción, relaciones de poder, género y exclusión, hegemonía y discriminación, multiculturalismo, desarrollo humano, tolerancia, relatividad, justicia social, justicia distributiva, «otredad», integración, poscolonialismo, opresores y oprimidos, y comercio justo. Se extiende, asimismo, a aspectos de la identidad humana y del acceso libre e igualitario, a la sociedad civil, a los esfuerzos por reducir las brechas sociales, a la descentralización, a los derechos sociales, a las culturas minoritarias, al orden patriarcal, a la corrección política, a narrativas diferentes y a veces contradictorias, y a las perspectivas cambiantes. De hecho, es difícil imaginar la vida y el discurso contemporáneos sin tales conceptos, muchos de los cuales no fueron bienvenidos o fueron rechazados por los poderes políticos dominantes, los regímenes militares y los líderes económicos establecidos.

Dado que estos conceptos —surgidos del estudio crítico cuidadoso del conocimiento humano y de la creatividad imaginativa humana— yacen dentro de los campos de investigación de los académicos en las humanidades, las ciencias sociales y el derecho, no resulta sorprendente que los estudiantes y profesores universitarios destaquen en la puesta en práctica de estas intuiciones. Esto lleva a que cumplan una función clave en la lucha por la dignidad humana, por la expansión de los derechos constitucionales y por la justicia social, así como en la expansión de la importancia del conocimiento, la verdad y la evaluación crítica de la paz, la igualdad y la libertad. Así como aprenden y enseñan, los académicos trabajan para establecer una constitución fundada en la igualdad y para expandir la educación pública. Ellos están al frente de las organizaciones de la sociedad civil. Se ofrecen como voluntarios en clínicas legales para ayudar al público y participan en organizaciones de paz y diálogo interreligioso, así como en los comités de las Naciones Unidas dedicados a expandir los derechos humanos y a minimizar la discriminación contra la mujer. Se involucran en las campañas contra la trata de personas, participan activamente en centros para víctimas de violencia sexual, ofrecen su apoyo en líneas telefónicas de ayuda para trabajadores extranjeros, ayudan a refugiados y luchan contra toda forma de discriminación religiosa o racial. Se comprometen con la justicia social distributiva, así como con la lucha contra el trabajo infantil y la esclavitud. Ponen a prueba el recurso a la desobediencia civil no violenta, se oponen a la percepción monolítica del conocimiento en el sistema educativo y cuestionan a cualquier instancia que niegue a los individuos la posibilidad de estudiar sobre la base de su sexo, raza, género o religión.

\* \* \*

Habiendo aclarado los cinco campos por los que son responsables las universidades e ilustrado el amplio rango de asuntos que ellos suponen, quisiera volver a la pregunta por la necesidad de que existan facultades de humanidades. Como hemos visto, estas facultades se ocupan del estudio por el estudio mismo; de la educación por la educación misma; del arte por el arte; y de la investigación por la investigación. Promueven la curiosidad intelectual y la exploración de información creativa; examinan la historia de la ciencia y los cambios que han tenido lugar en sus presuposiciones básicas; plantean nuevas preguntas y problemas; se niegan a aceptar las cosas tal y como se muestran superficialmente; e inculcan conocimiento y verdad.

Los investigadores y estudiantes de humanidades se concentran en las artes, en el sentido más amplio del término, pues estas disciplinas conducen el discurso humano en direcciones inesperadas. El arte y la literatura pueden ofrecer una patria a los desposeídos, brindando sentido y nutrición espiritual a seres humanos provenientes de todo tipo de entorno. Como comentó la sobreviviente del Holocausto Ruth Klüger, el involucramiento en todas las formas de arte se ve iluminado por la observación que hizo, hacia el final de su vida, el filósofo Theodor W. Adorno, según el cual la función del arte es representar el sufrimiento, pues el sufrimiento tiene derecho a ser representado, así como el individuo torturado tiene derecho a gemir. El acto de escribir, la creatividad y el arte pueden también entenderse en el contexto de un comentario hecho por el renombrado autor israelí Amos Oz: «Lo que me rodeaba no me interesaba. Todo lo que me interesaba estaba hecho de palabras» (2005, p. 217). Los estudiantes y los profesores se ocupan de las palabras y aprenden lenguas modernas y antiguas con el fin de alcanzar campos de conocimiento que aún no nos resultan familiares, encontrar diversas manifestaciones del espíritu humano, y vislumbrar los horizontes infinitos de la imaginación creativa. Hacen esto para librarse de las fronteras arbitrarias y estrechas del lugar, el tiempo y la cultura, dentro de las cuales nacemos, y para situarse en el carácter pluralista de la experiencia humana, con sus valores universales y sus manifestaciones particulares basadas en una cultura y una lengua específicas.

Los estudiantes de humanidades exploran el origen divino de la ley, la justicia y la moralidad en las diferentes culturas, ya que, desde una etapa muy temprana, los individuos y las sociedades reconocieron el hecho de que toda acción humana es pasajera, mientras que es mejor atribuir los valores eternos a los cielos, los dioses y los ángeles; valores inscritos en tablas como los Diez Mandamientos o transmitidos a clases sacerdotales, responsables por los ciclos constantes de enseñanza y aprendizaje de la ley, el conocimiento, la verdad, la conciencia y la moralidad. En los *Cánticos del sacrificio sabático*, por ejemplo, encontrados en la biblioteca sacerdotal de la comunidad de Qumrán en el desierto de Judea, escritos sobre rollos de pergamino en los últimos siglos antes de la era común, los ángeles dicen lo siguiente: «espíritus del conocimiento, de la verdad y de la rectitud en lo santo de lo santo» (4Q405, 19:4; Newsom, 1985, pp. 293-295; el libro contiene una versión impresa de los textos de Qumrán en hebreo y una traducción al inglés). Dichos valores son demasiado importantes como para confiárselos a un individuo particular pasajero, cuyas palabras y acciones puedan ser contradichas por sus sucesores; por ello, es mejor asociarlos con el ámbito sagrado y sublime que trasciende el tiempo y el espacio.

Los estudiantes se educan en el espíritu del humanismo, el liberalismo, el pluralismo, el universalismo, el multiculturalismo, la tolerancia y la democracia. Se ven expuestos a las fascinantes intuiciones intelectuales y emociones que yacen a la base de las experiencias fundamentales de cada ser humano, aquellas que han permanecido inalterables desde los inicios de la cultura humana. Estas intuiciones se vinculan a temas como la vida y la muerte; la sexualidad y el nacimiento; la madurez y la pérdida; la juventud y la senectud; el miedo y la dicha; el hambre y el amor; la culpa y la vergüenza; la fortaleza y la debilidad; la libertad y la dignidad; el odio y los celos; la amenaza y la esperanza; la salud y la enfermedad; el sufrimiento debido a la esclavitud, a la subyugación, a la tiranía y al totalitarismo, y el consuelo por

medio del arte, la música, la danza, la poesía y la literatura, la religión o la ciencia. Todos estos temas se manifiestan de modos ricos y diversos en la literatura y la historia, el teatro, las Sagradas Escrituras y la poesía, la ley y la filosofía, el folclore, la arqueología y las artes visuales.

La toma de conciencia de que existe un hilo conductor común a todas las culturas y tiempos alienta una visión del mundo humanista y pluralista, la cual reconoce la complejidad y aprecia la dignidad de todos los seres humanos independientemente de las muchas diferencias que los separan. Estudios multiculturales como estos promueven la sensibilidad ante las barreras del odio, el miedo y la alienación que dividen a los humanos, pese a todo lo que tienen en común. Lectores y escritores examinan el desarrollo de conceptos básicos que siguen influyendo en nuestras vidas desde los departamentos de estudios bíblicos, asiriología y egiptología, de la historia del cristianismo o el islam. Así, profundizan su conocimiento (y el nuestro) de los Diez Mandamientos, del Código de Hammurabi, de los Evangelios tempranos y de las Cartas de Amarna. Identifican semejanzas y conexiones entre las leyes del antiguo Oriente y las leyes bíblicas, o entre las leyes bíblicas y las leyes del moderno Estado de Israel. Examinan el relato sumerio sobre el diluvio y lo comparan con la narración presentada en la Biblia, así como con la sorprendente versión que se encuentra en los Rollos del Mar Muerto. Estudian los poemas de Gilgamesh o el *Libro de los muertos* del antiguo Egipto. Mientras tanto, sus colegas en el departamento de filosofía o de historia de la ciencia examinan el modo en que las matemáticas se cristalizaron como una ciencia distinta en la antigua Grecia, cuando la escuela matemática de Tales determinó que la disciplina debía incluir no solo el estudio de las figuras geométricas, sino también las demostraciones de las afirmaciones geométricas.

En otro lugar, los estudiantes y profesores exploran la expresión física de lo sagrado en diferentes culturas, comparando mosaicos de las sinagogas e iglesias bizantinas; o mostrando las semejanzas y diferencias entre el Nuevo Testamento, el Antiguo Testamento (la Biblia hebrea) y el Corán; o entre las filosofías griega, islámica y judía. Las personas dedicadas a tales actividades se vuelven más ilustradas, tolerantes, críticas y de mente más amplia. Asimismo, toman conciencia de los valores humanos compartidos más allá de las tensiones religiosas y las fronteras nacionales. Desarrollan una mayor sensibilidad frente a la hostilidad y la discriminación, y ante regímenes políticos autoritarios. Asimismo, cultivan una posición crítica más amplia contra la violencia, la subyugación y las guerras. Tienden a ser capaces de ver la realidad desde diversos ángulos cambiantes y a compartir una comprensión más diferenciada de las complejidades presentes en la sabiduría, la ciencia, la religión, el derecho y el arte de todo periodo. De este modo, los estudiantes desarrollan una sensibilidad hacia los rasgos comunes y las diferencias entre poderes políticos, intereses nacionales, preocupaciones de seguridad, intereses religiosos y diversas expresiones culturales. Los estudiantes y profesores en el campo de los estudios religiosos pueden explorar las diferencias entre las diversas sectas del cristianismo o el islam y comprender por qué ciertos creyentes se separan para formar nuevas religiones. Sus colegas en la disciplina del pensamiento judío pueden explorar las creencias y argumentos que dieron lugar al quiebre entre fariseos y saduceos, o preguntarse por qué los autores sacerdotales de los Rollos del Mar Muerto —quienes consideraban su obra escritura sagrada— los escondieron del

público, ocultando una obra de legislación escrita en una era en que la legislación oral gozaba de mayor popularidad. Podrían buscar entender por qué los judíos de la Provenza quemaron la obra de Maimónides, *Guía de los perplejos*, luego de su publicación, o por qué quienes se oponían a los sabateos en Polonia y Lituania excluyeron a los seguidores de dicho movimiento. Podrían, asimismo, explorar por qué hubo quienes quemaron los textos jasídicos que sostenían que «todo es divino», que «hay una presencia divina constante en cada letra de la lengua hebrea así como una presencia constante de mundos y almas» o que «lo principal es no estar asustado en absoluto».

Estas discusiones proporcionarán importantes intuiciones en torno a preguntas vinculadas a la hegemonía religiosa o al poder político, así como a su función central en el establecimiento de valores, sanciones y prohibiciones culturales o religiosos elegidos en toda sociedad. Además, pueden enseñarnos acerca de la política de la autoridad y de las restricciones al saber, así como acerca de las relaciones de poder propias de asuntos de canon religioso y sanciones políticas, o acerca de la censura religiosa o política. Siempre es importante plantear preguntas subversivas acerca de la censura, tales como qué queda «dentro» de las escrituras canónicas o los textos valiosos, haciéndose merecedor de la santificación, y por qué. También es importante preguntarse qué es excluido y por qué, qué queda «fuera» y es incluido en listas de libros prohibidos o «apócrifos», o incinerado y por qué. Estos estudios también echan luz sobre el poder de la comunidad y los rasgos comunes y las distinciones peculiares que caracterizan a las diferentes religiones, así como sobre las relaciones entre mayoría y minoría dentro de cada religión y régimen político. Revelan la naturaleza relativa del sectarismo, el cual es definido, en buena medida, de acuerdo con la perspectiva de los «ganadores» hegemónicos enfrentados a los «perdedores» derrotados. Los académicos y estudiantes compararán y contrastarán los relatos de los que excluyen y de los excluidos, reconociendo que los relatos y las historias siempre reflejan la identidad de quienes los narran y que no hay tal cosa como una historia objetiva o hechos puros en relación con las decisiones humanas.

A continuación deseo demostrar cómo el estudio de las humanidades puede ser subversivo, amenazante y peligroso para cualquier orden patriarcal jerárquico o para cualquier régimen religioso o político que practique cualquier tipo de discriminación. Los estudiantes y académicos en ámbitos como la filosofía del derecho, la historia del derecho o la literatura antigua pueden descubrir, a manera de ejemplo, que luego de que Aristóteles declarase en el siglo IV a.e.c. la inherente inferioridad de la mujer y la superioridad innata del hombre, el derecho occidental y las instituciones académicas del mundo occidental aceptaron esta presuposición como una verdad básica que no debía ser cuestionada. A partir de esta división entre los representantes superiores del espíritu y aquellos destinados desde su nacimiento a estar confinados al ámbito material, se llegó a la conclusión de que el aprendizaje y la autoridad del conocimiento, el juicio y la ley debían reposar exclusivamente sobre los hombres. Hasta el día de hoy, por supuesto, la mayor parte de las cortes e instituciones religiosas que discuten el estatus personal —siguiendo las instrucciones legales de la halajá judía, la *sharía* islámica o la Iglesia católica con respecto al matrimonio, el divorcio y el aborto— continúan respetando un enfoque similar, en la medida en que confinan el aprendizaje a los hombres e interpretan las leyes de modo discriminatorio. Nadie alza la voz, excepto en el subversivo mundo académi-

co, el cual aspira a la igualdad entre hombres y mujeres, critica la cultura patriarcal y las estructuras de poder de toda índole, y expone las motivaciones religioso-patriarcales explícitas e implícitas que operan detrás del desarrollo de patrones sociales opresivos, discriminatorios y excluyentes.

Los académicos dedican esfuerzos considerables a mostrar la falsedad de la afirmación según la cual la autoridad del conocimiento pertenece exclusivamente a quien dispone de la autoridad metafísica, afirmación que se encuentra a la base de los mecanismos discriminatorios descritos. Los estudiantes que se han visto expuestos a estas perspectivas que critican toda forma de discriminación basada en el género, la raza, la religión, la salud o la nacionalidad se vuelven activistas de los derechos humanos o guerreros de la justicia. Ellos constituyen la primera línea de oposición a la discriminación por género o por una supuesta inferioridad racial de cualquier tipo. Aquellos que estudian las culturas antiguas estarán familiarizados con la manifestación bíblica de esta posición discriminatoria atribuida al castigo divino: «Él te dominará» (*Génesis* 3,16; el esposo dominará a su esposa por decreto divino). Declaraciones como esta establecen un orden patriarcal de superioridad masculina y discriminan a la mujer en todos los ámbitos. Quienes estudian la filosofía griega o historia política se encontrarán con la famosa afirmación de Aristóteles según la cual la virtud de la mujer consistiría en la obediencia y el «servir», mientras que la virtud del hombre sería «la fortaleza para mandar» (*Política* I, 1260a20-32). Los estudiosos del teatro griego descubrirán que el dramaturgo griego Sófocles, quien vivió en el siglo V a.e.c., atribuyó las siguientes palabras a Creonte, Rey de Tebas: «Ea esclavas, llevadlas dentro. Preciso es que sean mujeres y no anden sueltas» (*Antígona*, 578-579; traducción modificada). La libertad de todas las mujeres fue restringida de este modo por milenios. El lugar de la mujer era el de la invisibilidad, las mujeres debían mantenerse fuera del espacio público y no debían nunca hacerse escuchar en público.

Aquellos que exploran la literatura griega como parte de sus estudios de historia judía de la Antigüedad Tardía o como parte del programa de estudios de género se sorprenderán al encontrar una interpretación del verso citado del *Génesis* al comienzo de la explicación que ofrece Flavio Josefo a los romanos acerca de las creencias de su pueblo. Él explica el origen divino de la autoridad y superioridad masculinas: «La mujer, dice la ley, es inferior al hombre en todo. Por eso debe obedecer, no para humillarse, sino para *ser dirigida, pues Dios concedió la fuerza al hombre*» (*Contra Apión*, 2.201; las cursivas son mías). Los lectores contemporáneos reaccionarán con desprecio frente a tales afirmaciones, pero ello no puede cambiar el hecho de que tales posiciones eran utilizadas por las clases dirigentes judías, cristianas y musulmanas para excluir a la mujer del espacio público, negarles la igualdad y la libertad, e impedir su acceso a la alfabetización y la educación, así como a toda forma de autoridad pública, voz pública o derechos igualitarios a una misma herencia. Esta era la realidad social desde la Antigüedad hasta el siglo XX (véase Elior, 2010).

El estudio histórico muestra que a las mujeres se les negó la oportunidad de educarse sistemática y continuamente a través de los siglos. Los hombres comprendieron que la alfabetización y la educación eran condiciones esenciales para alcanzar la libertad, la igualdad, estatus y poder. Así, recurrieron a motivos mitológicos, religiosos, económicos, fundados en el poder, o políticos para impedir que la mujer aprenda y para excluirla del espacio público y de los procesos de toma de decisión.

Debido a su ignorancia involuntaria, las mujeres fueron excluidas de la enseñanza y de la justicia, de las decisiones sobre la asignación de recursos, de la legislación o la escritura histórica, y de cualquier participación activa en la determinación de las prioridades públicas o en la lucha para cambiar la realidad. En el mundo judío, la ignorancia involuntaria de la mujer se vinculaba al hecho de que nunca se asignaba fondos para la educación de las niñas. En cambio, todo niño varón empezaba estudios obligatorios de lectura a los tres años; estos duraban hasta los trece años y podían ser continuados si la persona lo deseaba —bajo el financiamiento de la comunidad—. Las instituciones educativas públicas para niñas judías fueron construidas recién a principios del siglo XX. Debido a esta exclusión, producto del orden patriarcal institucionalizado por medio de la maldición «él te dominará», y debido a la inevitable ignorancia impuesta sobre las mujeres, a quienes se les impidió por milenios leer y escribir, la Biblioteca Nacional de Israel en Jerusalén no posee ni un solo libro escrito en hebreo por una mujer judía y publicado en vida por ella anterior al siglo XX. En contraposición con las afirmaciones discriminatorias de Flavio Josefo o de los rabinos (antiguos y modernos), quienes defienden el monopolio masculino de la autoridad excluyente del conocimiento y reclutan a Dios para su causa, vale la pena evocar las memorables ideas del filósofo austro-británico, Karl Popper (1902-1994), para quien una sociedad abierta es aquella en la que nadie tiene el monopolio de la verdad (véase Popper, 2003).

Cualquier tema de estudio en las humanidades, sin importar el periodo o el campo, abre una ventana para la comprensión de la condición humana y para echar luz sobre la opresión y el silenciamiento, la explotación y el acoso, la ignorancia, la discriminación, la persecución y la exclusión que han constituido la realidad de la vida para grandes porciones de la humanidad antes de la era moderna. Toda área de estudio en las humanidades puede contribuir a aclarar las circunstancias que llevaron al desarrollo de enfoques alternativos basados en conceptos como la libertad, la justicia, la igualdad, la tolerancia y el acceso equitativo a la educación y a la autoridad, enfoques que condujeron a la revolución y al cambio. En los departamentos de historia mediterránea, por ejemplo, los estudiantes pueden leer los comentarios de Shlomo Dov Goitein (1900-1985), el principal académico de la Guenizá del Cairo. En la década de 1970, el profesor Goitein resumió del siguiente modo las razones para la opresión de la mujer a lo largo de la historia: «La brecha educativa entre el hombre y la mujer fue la fuente y la manifestación definitiva de la represión de lo femenino en las sociedades civilizadas» (1978, p. 356). En el departamento de literatura inglesa, el estudiante puede enterarse de que la gran escritora británica, Virginia Woolf (1882-1941), señaló en su libro «Una habitación propia» (1929) que todas las bibliotecas están llenas de libros escritos exclusivamente por hombres. En su segundo libro, *Tres guineas* (1938), Woolf observa que la mayoría de estas bibliotecas atendían solo a lectores varones.

El filósofo francés Michel Foucault (1926-1984), quien definió su campo de investigación como el de «la historia de los sistemas de pensamiento», realizó una contribución crucial a la teoría crítica y a la comprensión de los mecanismos de opresión y las relaciones de poder a lo largo de la historia. Sabiamente comentó que la esencia de la crítica cultural es el impulso de aplicar el trabajo infinito de la libertad al grado máximo posible. La libertad depende del conocimiento y la igualdad, la verdad, la justicia y el acceso igualitario al conocimiento, la literatura, la

poesía, la historia, la filosofía y la ciencia, la información, la autoridad y el derecho. Los hombres del mundo antiguo entendieron esto y, por ello, negaron a la mujer toda oportunidad de leer cualquier texto o escribir algún documento, de adquirir calificaciones o ganar autoridad, o de hacer escuchar sus voces en el espacio público (véase Elior, 2010). La libertad depende del conocimiento, la verdad y la justicia, mientras que la subyugación se apoya en la ignorancia, la falsedad, la discriminación y la tiranía. Los hombres entendían esto al seguir la afirmación en la Guemará, basada en la Mishná, *Sotah* 3,4: «Cualquiera que le enseñe la Torá a su hija, es como si le enseñase frivolidad» (Talmud babilónico, *Sotah* 20a). De manera semejante, estuvieron de acuerdo con la terrible declaración que impidió el establecimiento de instituciones educativas para mujeres durante muchas generaciones: «Las palabras de la Torá tendrían que ser quemadas antes de confiárselas a las mujeres» (Talmud de Jerusalén, *Sotah* 3,4).

En el mundo judío, los hombres impidieron que las mujeres sean parte de los procesos de aprendizaje y enseñanza bajo la influencia del relato mitológico del pecado original de Eva y la maldición subsecuente impuesta a todas las mujeres: «él te dominará». Un principio semejante fue aplicado por los legisladores de los Estados sureños de Estados Unidos, todos ellos hombres blancos propietarios, al determinar que los hombres y las mujeres blancos que enseñasen a los esclavos negros a leer y escribir debían pagar altas multas. Durante el mismo periodo, el pensador francés François-Marie Arouet, más conocido como Voltaire, escribió que la lectura «tiende evidentemente a disipar la ignorancia, la cual es guardiana y salvaguardia de los Estados bien organizados». Voltaire realiza este comentario en un breve opúsculo con el irónico título de «El horrible peligro de la lectura» (Voltaire, [1765] 1993). La determinación con la que los hombres blancos impidieron a los hombres negros y a las mujeres leer era racional, pues, como hemos visto, «aquellos que saben leer ven el doble de bien». Lo más probable es que alguien que sabe leer nunca acepte mantenerse subyugado por otro ser humano u obedezca las leyes de la esclavitud. Los que permanecen en la ignorancia, amedrentados por el peso de la discriminación, la subyugación y la pobreza probablemente obedezcan a sus amos y no se rebelen contra ellos, en parte por la incapacidad para comunicarse entre sí por medio de la escritura y la lectura.<sup>4</sup> No es casual, por ello, que Frederick Douglass (1815-1895), el primer esclavo que aprendió a leer y escribir, y publicó la primera autobiografía escrita por una persona negra, acuñase la siguiente frase: «el derecho

---

4. «Los británicos propietarios de esclavos. [...] temían la noción misma de una “población negra letrada” que fuese capaz de encontrar peligrosas ideas revolucionarias en los libros [...] A lo largo del sur, los dueños de plantaciones colgaban a cualquier esclavo que intentase enseñarle a otros esclavos a deletrear» (Manguel, 1996, pp. 279-280). El Estado de Carolina del Sur promulgó una ley en 1740 prohibiendo a todos los negros —esclavos o personas libres— aprender a leer; otros Estados sureños siguieron el ejemplo de esta prohibición. En 1835 se había llegado a prohibir por completo la educación pública de todos los afroamericanos. La alfabetización era utilizada para clasificar a la población y para controlar el acceso al poder. En los Estados del sur de los Estados Unidos en el periodo posterior a la Guerra Civil, la habilidad para leer y escribir determinaba si uno podía votar o no. De este modo se evitó que los esclavos liberados eligiesen a sus representantes al Congreso y a los órganos de gobierno estatal. Esta táctica fue empleada de un modo extremadamente eficiente durante varias décadas, con el resultado de que los representantes públicos de los Estados del sur fueron exclusivamente blancos, a pesar de que una parte muy importante de la población fuese negra.

no tiene sexo, la verdad no tiene color». Douglass dio los primeros pasos en el largo camino que eventualmente llevaría a la liberación de los esclavos y, finalmente, a la elección de un presidente afroamericano erudito en un país en el que legisladores blancos alguna vez reservaron fanáticamente el derecho a la educación y al voto para los hombres blancos, cristianos y terratenientes (con frecuencia propietarios de esclavos).

Estos legisladores seguían un presupuesto que había prevalecido en el mundo civilizado desde los tiempos de Aristóteles: la igualdad es asignada a *aquellos que son como nosotros*, no a los que son diferentes.<sup>5</sup> La profesora Catharine MacKinnon (nacida en 1946) es una renombrada experta legal estadounidense y una teórica feminista muy importante de la Universidad de Michigan en Ann Arbor. MacKinnon ha estudiado las raíces de la discriminación histórica y definido asuntos básicos con respecto a la lucha de género y al tema de la igualdad de derechos para la mujer, lo cual condujo a dramáticos cambios constitucionales y conceptuales. Así, se creó la posibilidad de luchar contra la noción aristotélica que ha dominado el derecho occidental y de luchar por el principio según el cual la igualdad también debe ser asignada a aquellos que *son diferentes a nosotros* y no solo a quienes son como nosotros. A través de su trabajo, MacKinnon dio un nuevo significado a la declaración bíblica «justicia, solo justicia has de buscar» (MacKinnon, 1987). El trabajo revolucionario de MacKinnon ha tenido una importante influencia en expertos legales feministas alrededor del mundo, así como en investigadores en los campos de estudios de género y crítica cultural. Su posición representa una extensión de la obra del gran filósofo judeobritánico Isaiah Berlin (1909-1977), quien examinó el significado de los conceptos de libertad e igualdad. Tanto MacKinnon como Berlin están a la altura de la definición ofrecida por Noel Annan en su introducción a un libro de Berlin: «Conocer a un gran hombre implica transformar las propias nociones de lo que un ser humano puede hacer o ser» (1980, p. xiv).

En el mundo académico tiene lugar una lucha constante para promover la igualdad y la libertad, el conocimiento, la libertad y la accesibilidad basadas en la verdad, la justicia y la dignidad humana, pues todo esto está dolorosamente ausente en muchas partes del mundo. A hombres y mujeres en todo el mundo aún se les niega el derecho al aprendizaje debido a la tiranía, la ocupación militar o la dictadura; hasta hace relativamente poco, las mujeres no podían votar en la mayoría de países.<sup>6</sup> La lucha tiene lugar teniendo como trasfondo el reconocimiento de que, apenas hace cinco décadas, ni las mujeres ni los afroamericanos podían ir a las universidades de élite de los Estados Unidos (¡Princeton, Harvard y Yale recién introdujeron la educación mixta para hombres y mujeres en 1969!). A los judíos también se les impedía estudiar en dichas universidades, o solo podían hacerlo sometidos a cuotas muy estrictas. Hace cincuenta años, los afroamericanos no eran aceptados en la mayoría de universidades de élite ni podían utilizar los autobuses «blancos».

---

5. De acuerdo con esta lógica, todos los que comparten ciertas cualidades (por ejemplo, blanco, varón, cristiano, terrateniente) tienen derecho al voto, mientras que las mujeres, las personas de color, los judíos y los pobres estaban privados del derecho al voto.

6. Las mujeres adquirieron el derecho al voto en Gran Bretaña en 1918, en Estados Unidos en 1920 y en Suiza recién en 1971. Las mujeres adquirieron el derecho al voto en Sudáfrica en 1994, en Kuwait en 2005 y en los Emiratos Árabes Unidos en 2006.

Esta situación, conducida de acuerdo con las «Leyes Jim Crow» de segregación racial, se mantuvo en el sur de los Estados Unidos hasta 1965. En buena parte del mundo musulmán, las mujeres aún hoy no pueden elegir su modo de vestir, su educación o vocación, ni tampoco se les permite conducir o dejar el país sin el permiso de sus esposos. La lucha continúa porque las mujeres judías, cristianas y musulmanas no pueden estudiar en las escuelas religiosas superiores de sus respectivas religiones ni asumir los cargos de líderes y jueces religiosos, obispos, rabinos o cadíes. La lucha continúa porque las leyes referidas al estatus personal aún se basan en la discriminación en muchos lugares del mundo, el matrimonio prematuro de niñas muy jóvenes sigue siendo impuesto en muchos países, y el tráfico de mujeres tiene lugar todavía por todo el planeta. Lamentablemente, estas son solo algunas de las realidades que continúan encarnando la tiranía, la discriminación, la marginalización, la injusticia y la desigualdad.

En la era moderna, el mundo académico en general y las facultades de humanidades en particular se encuentran en la primera línea en la lucha por la dignidad humana, la igualdad, la justicia y la libertad. Por ello, en aquellos lugares en los que dichos valores son escasos, hay muy pocas universidades, si acaso alguna. La lista de las Naciones Unidas del porcentaje de analfabetismo por Estados, continentes y género demuestra claramente la triste conexión entre tiranía, esclavitud y analfabetismo. El 16 % de la población mundial, lo cual equivale a aproximadamente 7.000 millones y medio de personas, es analfabeta al superar los quince años de edad. Dos tercios de los analfabetos son mujeres.

El libro *Oración por la dignidad del hombre*, publicado en 1486 por Pico della Mirandola, un humanista y académico de Florencia, abrió el camino para colocar a la dignidad humana en el centro del pensamiento moderno. El concepto de dignidad humana aparece una y otra vez en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, escrita por el experto legal judeofrancés René Cassin (1879-1976) tras la Segunda Guerra Mundial y los horrores del Holocausto. Los profesores y graduados del sistema académico cumplen una función dominante en las organizaciones de derechos humanos y de la sociedad civil, en los movimientos de paz, y en las organizaciones que luchan por promover una democracia liberal fundada en la justicia, la legalidad y la igualdad de todos los ciudadanos, así como en el compromiso moral con todos los seres humanos. Participan activamente en organizaciones que promueven el debido proceso y la justicia social y que se oponen a la injusticia en diversos ámbitos. Las facultades de humanidades animan a los estudiantes a reconocer que hay, y siempre ha habido, diferentes culturas, estructuras sociales y diversas religiones que han preservado sus propias memorias y creencias distintas, adhiriéndose a valores y perspectivas diversos. Todas ellas merecen alzar su voz y que se las escuche. Los profesores y los estudiantes que han alcanzado una comprensión crítica de las estructuras de poder, las hegemonías y los mecanismos de silenciamiento, opresión y exclusión llegan a reconocer las dinámicas inherentes a la civilización que pueden llevar a la autodestrucción y al totalitarismo en nombre de un racionalismo distorsionado que sacrifica la libertad individual en el altar de la tiranía de la mayoría.

Las facultades de humanidades promueven una comprensión más profunda del pluralismo y un reconocimiento de las diferencias entre derechos y obligaciones particulares —ya sea que la gente nazca con dichos derechos y obligaciones o los

asuma libremente (como en el caso de la religión, ciertas creencias, la nacionalidad, el vegetarianismo o la observancia de las leyes del *shabat* y de la *cashrut*); en cualquier caso, esto no implica el derecho de imponer estos derechos y obligaciones a otros— y los derechos universales propios de cada persona y que le corresponden a todas las sociedades— como el derecho a la vida y la libertad, el derecho a la justicia social, y el derecho a la igualdad ante la ley, tal como se afirma en la Declaración Universal de Derechos Humanos de la UNESCO—. Las obligaciones universales también se aplican, tales como la obligación de prohibir y combatir la discriminación, la esclavitud, la opresión, el matrimonio infantil forzado, la trata de personas y la tortura, o la obligación de ofrecer asistencia a refugiados de guerra y migrantes perseguidos, o la obligación de aplicar un sistema legal justo y uniforme para todos los ciudadanos y residentes del Estado. Todos los seres humanos tienen estos derechos y obligaciones, más allá de su estatus físico, cognitivo y mental, e independientemente de su religión y fe, su estilo de vida, y sus libertades individuales dentro del marco del derecho democrático.

Los profesores en las facultades de humanidades involucrados en el campo de la historia de la ciencia y que estudian las relaciones entre la filosofía y las matemáticas discuten el concepto del cosmos como un sistema de entidades organizado de acuerdo con relaciones numéricas, como postuló Pitágoras, o teorías vinculadas a la ontología y a las condiciones y estructuras de la existencia. Buscan educar no solo en pensamiento profundo y expresión coherente, sino también en los valores recién discutidos, enraizados en la dignidad humana y el estatus moral. Animan a sus estudiantes a ser cuidadosos y no emitir juicios apresurados, a involucrarse en un estudio crítico más profundo y en una evaluación cuidadosa, a suspender los veredictos prematuros y unilaterales, a reconocer problemas bilaterales complejos y a buscar nuevos modos en que estos puedan ser contenidos y resueltos. Las personas activas en este campo buscan despertar el coraje necesario para reexaminar las convenciones— coraje que con frecuencia requiere de la voluntad para asumir una posición de oposición y para luchar a favor de opiniones humanistas poco populares, desde el punto de vista del conocimiento bien informado, a la vez que respetando las diferentes opiniones—. Los poderes políticos y militares que se ven afectados por los intereses económicos e industriales de quienes se enriquecen vendiendo armas a fuerzas nacionales inmersas en conflictos militares incesantes pueden intentar restringir este tipo de discusión académica y recortar los presupuestos de las facultades que promueven dichas indagaciones.

Los profesores en las facultades de humanidades estudian y enseñan la mayor parte de las lenguas, en tanto estas son el fundamento de la cultura, y estudian las obras sagradas y profanas de diferentes pueblos. Introducen a sus estudiantes a las obras cumbre de la creatividad humana desde la Antigüedad hasta nuestros días, y a diferentes ejemplos de pensamiento inspirado. También les presentan testimonios que explican la función de la subyugación y la corrupción en diferentes periodos, así como ejemplos de la crueldad y la tiranía que los humanos pueden experimentar— como perpetradores y víctimas—. A medida que sus mentes se amplían, los estudiantes se sumergen más profundamente en el pensamiento humanista, la teoría crítica, el relativismo cultural y la tolerancia social, desarrollando su capacidad para identificarse con dimensiones desconocidas y extrañas de la experiencia humana, al encontrar descripciones de realidades físicas y espirituales

cambiantes en diferentes situaciones históricas. Estudian descripciones de dicha, inspiración, momentos trascendentes, creatividad, misterio, amor, belleza, fe y revelación. Asimismo, examinan evidencias de dolor, pena, horror, persecución, esclavitud, humillación, manipulación y discordia. Discuten las mejores obras de la creatividad humana en cada cultura, y al hacerlo pueden explorar intelectualmente las razones detrás de la llegada al poder del nazismo o el fascismo, o descifrar la tensión entre la narrativa nacional colectiva y las historias ocultas de voces alternas o minorías reprimidas. Pueden terminar preguntándose por qué el término «libelo de sangre», que se refiere a un proceso que suponía un procedimiento legal detallado y documentado, no aparece impreso en ningún diccionario de inglés y se encuentra solo en los escritos de los judíos, formando parte de la memoria colectiva de toda comunidad judía. En la literatura cristiana y la documentación eclesiástica, por otro lado, solo aparece el término «asesinato ritual», vinculado a una historia explícita e implícitamente antisemita que llegó a ser tomada como una verdad objetiva en la conciencia cristiana, desde los tiempos del Nuevo Testamento hasta los terrores de la Alemania nazi, pese a su naturaleza patentemente espuria.

Estos estudios enseñarán a los estudiantes acerca del relativismo cultural y la coexistencia de perspectivas completamente opuestas vinculadas a hechos controvertidos y formativos a lo largo de la historia. La historia de la inclusión del verbo despectivo «to jew (*judear*)» en el diccionario de inglés de Oxford —en un sentido vinculado al fraude y el engaño atribuidos a los judíos desde la época de la crucifixión de Jesús— también se vincula a la pregunta por el lenguaje como mecanismo para la rotulación, exclusión y humillación; mecanismo que a la vez configura la realidad en una cierta sociedad y en contextos históricos cambiantes y es configurado por ella. Los profesores y estudiantes de las facultades de humanidades se ocupan de textos canónicos de diferentes culturas, escritos en lenguas y periodos distintos. Sin embargo, siempre recuerdan que detrás de todo concepto cultural o legal yace un interés histórico, un poder político y un sistema social que depende de relaciones de poder cambiantes. Detrás de cada canon se esconde la censura; detrás de las voces que el poder hegemónico decide presentar, enseñar, santificar, leer y recitar, hay siempre otras voces marginales, olvidadas, reprimidas, censuradas y empujadas al olvido. Algunas personas se toman el trabajo de recordar que detrás de todo mapa consensuado existen mapas adicionales de ciudades invisibles, tribus olvidadas, culturas y naciones derrotadas, aldeas demolidas. Estos lugares no se encuentran dentro del ámbito del consenso, sino en el reino del no recordar deliberado, de la destrucción, la obliteración y el olvido.

Las diferentes lenguas locales conmemoran conceptos antiguos de culturas y tribus perdidas, conceptos que los nuevos regímenes políticos y los nuevos poderes religiosos intentaron borrar, obliterar y olvidar. Los investigadores en la facultad de humanidades se interesan también por estos hallazgos. Recuerdos ocultos, mapas borrados, canciones olvidadas, palabras y conceptos eliminados, símbolos literarios rechazados, declaraciones de grupos subordinados, y las perspectivas de pueblos remotos y culturas olvidadas preservan voces que no son menos significativas e importantes que aquellas que actualmente se encuentran en primer plano por razones estrechamente conectadas con las circunstancias cambiantes del poder. Naturalmente, puede surgir tensión entre la academia que desea explorar y revelar esas voces olvidadas, mapas borrados y culturas perdidas y las autoridades políticas

que desean borrar y censurar todo lo que las ha precedido. La listas de libros prohibidos, archivos clausurados y libros quemados demuestran claramente esta tensión. Estos académicos e investigadores de la facultad de humanidades buscan activamente relatos olvidados, los pasos perdidos y las narrativas extraviadas que han sido confinados a los libros «externos», a tesoros escritos ocultos en cuevas secretas, a archivos escondidos y apócrifos, sometidos a ataques y epítetos —«Todo aquel que lea libros externos no tendrá lugar en el mundo por venir» declara la Mishná (*Sanedrín* 10a)—. La Iglesia católica empleó amenazas semejantes contra los lectores de los libros cristianos prohibidos que fueron declarados heréticos.

Algunos académicos de diferentes departamentos hacen su mejor esfuerzo por seguir el consejo del pensador judeogermano Walter Benjamin (1892-1940): «cepillar la historia a contrapelo». Lo hacen al examinar preguntas perturbadoras y controversiales que van más allá del consenso de la mayoría; otros, por su parte, prefieren confinarse a su área profesional particular sin examinar asuntos de justicia, moralidad y sus ramificaciones modernas. La libertad académica asegura que cada académico e investigador puede elegir su área de estudio y los contextos intelectuales y teóricos respectivos. De este modo se evita que otra persona pueda interferir en su elección profesional, en sus preferencias basadas en valoraciones, o en el rango de contextos incluidos en su estudio. Esta libertad académica que permite la libertad de pensamiento y la libertad de crítica y la libertad de expresión permitió el desarrollo de los estudios de género, los cuales examinan la revolución feminista que luchó contra la idea de que el pasado es el dominio exclusivo de una clase que reclama la autoridad total sobre el conocimiento y determina lo que es intelectualmente permisible. Esta libertad académica —la cual hace posible la crítica subversiva y el desafío revolucionario ante la discriminación, la ignorancia forzada, la tiranía, la dictadura y otras formas de sumisión y servidumbre— permitió el surgimiento de los estudios culturales, feministas, poscoloniales, la teoría *queer* o los estudios afroamericanos, todos los cuales representan voces que nunca antes habían sido escuchadas en siglos previos.

El gran físico judío Albert Einstein (1879-1955) —cuyo nombre se ha vuelto sinónimo de genio, originalidad, sabiduría y pensamiento independiente— fue uno de los fundadores de la Universidad Hebrea en Jerusalén (1924) y un ferviente defensor de la paz y el humanismo. En 1929, Einstein indicó lo siguiente: «los judíos han demostrado que *el intelecto es la mejor arma* [...] es nuestro deber [...] ser soldados en *la lucha por la paz* junto con los elementos más nobles de todos los círculos culturales y religiosos» (citado en Frank, 1979, p. 330). Veinte años más tarde, al final de la guerra de 1948 en Israel, declaró lo siguiente: «Nuestro más alto ideal debe ser la adquisición y difusión del conocimiento [...] Espero que la universidad pueda reanudar pronto su labor [...] en el fortalecimiento del espíritu de *comprensión mutua* entre los hombres que acompaña la *búsqueda abnegada de la verdad*» por toda Palestina (Einstein, 1950).

En el mundo moderno, la universidad —como centro de exploración y creación crítica de conocimiento, y como punto focal en la lucha por la verdad universal y la dignidad humana— es un lugar que rechaza la exclusividad del conocimiento de acuerdo con parámetros de raza, religión, nacionalidad, estatus social, género o forma de vida. La universidad fomenta una comprensión multifacética de todo fenómeno y promueve la cooperación universal y transnacional en la búsqueda del

conocimiento y la verdad. La universidad tiene la responsabilidad de criticar el conocimiento y alzar la voz contra los mecanismos de opresión, discriminación y exclusión. Es un lugar en el que se amplifican múltiples voces y se nutre al intelecto observador y creativo con el fin de permitir a cada persona que se rebele contra lo absurdo en el orden social, contra aquello que contradice a la justicia, la libertad y la igualdad, y actúa deliberadamente contra la conciencia moral —y animarla a ello—. Así, se invita a cada persona a alzar su voz contra el silencio que acepta pacíficamente actos inmorales o regímenes malvados. La siguiente cita del gran escritor y filósofo francés Albert Camus (1913-1960) —quien nació en la Argelia francesa y fue miembro de la Resistencia Francesa contra la ocupación nazi—, presentada en su discurso de aceptación del premio Nobel de literatura en 1957, puede ser leída como reflejando la peculiaridad de la facultad de humanidades con respecto a la posición moral humanista: «la nobleza de nuestro oficio está siempre enraizada en dos compromisos difíciles de mantener —la negativa a mentir acerca de lo que uno sabe y la resistencia ante la opresión» (Camus, 1957, p. 1, 87-90).

Quisiera concluir haciendo referencia a las palabras de la filósofa judeoestadounidense Martha Nussbaum, una de las más grandes defensoras de la teoría de la justicia social en el siglo XX. La profesora Nussbaum, quien denuncia decididamente la influencia del capitalismo brutal en la libertad de pensamiento, explica la función de las facultades de humanidades sosteniendo que solo el conocimiento del pasado, el pensamiento crítico acerca de la sociedad y el régimen, el escepticismo y la voluntad de aprender de los otros y de los que son diferentes —temas y métodos inculcados solo en las humanidades— han hecho posible la conservación, desde los tiempos de Sócrates, no solo de la cultura, sino de la democracia y del ciudadano autónomo. Así se explica claramente el motivo por el que los regímenes totalitarios —a los que no les interesa la democracia y la libertad de expresión, que no permiten la crítica libre, o aquellos gobiernos que se preocupan principalmente por el PBI y las ganancias financieras que requieren la obediencia muda de los trabajadores, gobiernos a los que no les interesa la autonomía ciudadana o que no permiten que se conozca demasiado sobre el pasado y el presente— proponen actualmente cerrar las facultades de humanidades o recortar sus presupuestos. A las ideas de Nussbaum, podemos añadir los comentarios del historiador británico Keith Thomas con respecto a la función de la universidad en relación con el individuo: «Las universidades buscan capacitar a los estudiantes para que desarrollen plenamente sus capacidades; en el proceso, adquieren la flexibilidad intelectual necesaria para responder a las demandas de una economía rápidamente cambiante [...] En una sociedad democrática y libre, es esencial preservar este espacio» (Thomas, 2011).

No cabe duda de que la educación académica es la garantía más importante para la diseminación del conocimiento y la investigación libre, así como para el avance de la igualdad democrática, los derechos humanos, la libertad, la justicia, el acceso equitativo, la dignidad humana, la fraternidad, la moralidad y la paz. Esto es cierto acerca de una educación que busca incentivar la investigación académica pura, independientemente de sus aplicaciones prácticas, al mismo tiempo que busca desarrollar investigación aplicada para el beneficio de toda la humanidad. Es vital alimentar a las humanidades, pues ellas expanden nuestra comprensión de la complejidad de la condición humana y de la brecha entre el ser y el deber ser. Es posible aproximarse a este objetivo a través del estudio libre y la documentación irrestricta,

a través del arte y la literatura, la música, la historia, la filosofía o la lingüística. Todas estas disciplinas convierten a nuestra existencia en una realidad más ilustrada, sensible, tolerante, humana y dichosa, mejor comprendida y más significativa.

La educación humanista académica es también una garantía primaria de cambio de la realidad, de mitigación del sufrimiento —sea que este resulte de la naturaleza o de actos humanos—, y de corrección de las injusticias que surgen de la opresión, la exclusión, el sufrimiento bélico, el terror o la agresión militar, la indiferencia y la discriminación. La universidad es la condición que asegura el acceso amplio a la educación y a la ciencia; asimismo, es la condición para que la educación y la ciencia puedan llegar a quienes se les ha negado la oportunidad de aprender. La función de las humanidades es ocuparse de aquellas áreas propias exclusivamente de la humanidad —los ámbitos del espíritu, la conciencia, la autoconciencia, el discernimiento y la libertad de elegir—. La experiencia humana, a través de generaciones, es el fundamento de las humanidades. La educación académica es la garantía de la preservación de la memoria del pasado humano, con su infinita diversidad, como testamento y fuente de inspiración y conocimiento. La educación porta la promesa de una creatividad sostenida y significativa que expanda los horizontes humanos, ilumine la esencia de la literatura y la poesía, la religión y la moralidad, la justicia y la ley, la exploración y la ciencia —así como el significado de la misericordia, la caridad, la compasión, la sensibilidad y la igualdad—. La educación pule las capacidades humanistas, intelectuales, creativas y artísticas de los estudiantes.

Cada año, miles de graduados completan sus estudios universitarios, equipados con un grado de bachiller, magíster o doctor provisto por el internado académico, listos para ingresar al mundo laboral. Lo hacen tras pasar tres o cuatro años en la universidad (en el caso de los bachilleres), seis o siete años (para las maestrías), y doce o trece años (en el caso de estudiantes de doctorado). A donde quiera que vayan, llevarán consigo algo del entorno humanista, escolástico, científico, crítico, intelectual e inquisitivo en el que pasaron algunos de sus mejores años: palabras, conceptos, perspectivas, métodos de investigación, información, conocimiento, comprensión, empatía, tolerancia, crítica, nuevos criterios y talentos, y deseo de usar lo que han adquirido, conciencia, métodos, perspectivas, autoconciencia, crítica, teorías y conocimiento para crear cambio y contribuir a un mundo mejor. Compartirán sus experiencias con otros, en tanto profesionales, escritores, artistas, críticos, profesores, juristas, padres y miembros de sus comunidades. Las universidades exponen a los estudiantes a la dicha del aprendizaje y a los beneficios de la curiosidad intelectual; a la infinita riqueza de la expresión humana en la literatura, el arte, la poesía, la ciencia, la filosofía y el derecho; y a una experiencia de enseñanza desafiante que promueve el pensamiento democrático, autónomo, liberal y humanista. Orientan a los estudiantes para que sean empáticos y críticos en su exploración de los tesoros del espíritu humano que se encuentran en bibliotecas y archivos, galerías y colecciones, en la Internet y en sus motores de búsqueda. Exponen a los estudiantes a la claridad del pensamiento y a la expresión precisa y verificable, a la responsabilidad científica y a la exactitud. Asimismo, los exponen a amplios horizontes, a la autoridad del conocimiento, a la libertad académica y al reconocimiento de la creatividad diversa del espíritu humano en todo el mundo, más allá de las barreras de la religión, la raza, la nacionalidad, el estatus social, la condición de salud y el sexo. Al final de esta experiencia, los graduados serán humanos educados

e ilustrados, amantes del conocimiento y buscadores de la verdad y la justicia que siempre intentarán expandir el conocimiento e implicarlo en nuevas áreas. Contribuirán a la sociedad y a la calidad de vida donde sea que se encuentren.

Una sociedad interesada en promover la democracia liberal de ciudadanos autónomos e interesada en el dinamismo intelectual y el pensamiento desafiante, en la creatividad original y la crítica, en la mejora de la educación, en la libertad, la tolerancia, el arte y la ciencia, en la diseminación de la educación, en la inculcación de la moralidad, la paz, la verdad, la justicia, la libertad, la igualdad y la dignidad humana debería elogiar y aplaudir a las humanidades y apoyarlas de todos los modos posibles. Por otro lado, las sociedades, culturas y regímenes interesados principalmente en el lucro, en la productividad nacional, en el desarrollo económico de la clase dirigente nacional capitalista, en el crecimiento industrial y los logros tecnológicos, en éxitos capitalistas e intereses nacionalistas, o en preparar trabajadores obedientes y silenciosos para las industrias capitalistas y los mercados de trabajo que crean ganancias inmensas para muy pocos y trabajo duro para el resto harían bien en cerrar las facultades de humanidades. Deberían considerar hacerlo, dado que los profesores y estudiantes de dichas facultades están con frecuencia en la avanzada a favor del conocimiento humano libre, a favor de la educación gratuita en instituciones sin fines de lucro, a favor de la crítica libre y la imaginación empática, a favor de la amplitud de mente, la comprensión rica y la intuición artística, y a favor de la investigación irrestricta y la creatividad, el arte, la filosofía, la historia, la lingüística y la ciencia. Todo ello no puede ser medido por ganancias en la bolsa de valores ni por la contribución a la productividad nacional ni evaluado por el PBI. Los profesores y estudiantes luchan por la dignidad humana, la libertad humana, la igualdad humana, la imaginación y creatividad humanas dentro de los bienes culturales, por la paz y la empatía, por la responsabilidad moral ante toda la sociedad, por la justicia social distributiva y por el acceso igualitario independientemente de la raza, la religión, el género, el estatus, la salud o la nacionalidad. Luchan por *tikún olam*, por reparar el mundo, por la igualdad ante la ley y la justicia para todos los ciudadanos más allá de sus diferencias, por la solidaridad y la empatía humanas, y por compartir los mejores logros humanos de un modo universal y accesible.

## Bibliografía

- ACADEMIA ISRAELÍ DE CIENCIAS Y HUMANIDADES (2007). *The Future of the Humanities in Israel's Research Universities*. Recommendations Approved at a Meeting of the Council of the Israel Academy of Sciences and Humanities. 14 de noviembre de 2006. Recuperado de <<https://www.academy.ac.il/SystemFiles/21674.pdf>>.
- ANNAN, Noel (1980). Introduction. En Isaiah Berlin, *Personal Impressions* (pp. xiii-xxx). Londres: Hogarth Press.
- ARISTÓTELES (1988). *Política*. Traducción de Manuela García Valdés. Madrid: Gredos.
- AUDEN, Wystan Hugh (1944). At Last the Secret Is Out. En *Collected Shorter Poems, 1930-1944* (p. 229). Londres: Faber and Faber.
- CAMPANTÓN, Isaac (1565). *Darkhei ha-Gemara [Los caminos del Talmud]*. Venecia: Zanetti.
- CAMUS, Albert (1957). «Discours de Suède». Discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura, pronunciado en Oslo. 10 de diciembre. Recuperado de <[http://www.ac-nice.fr/lettres/valbonne/file/Camus\\_Discours\\_de\\_Suede\\_1957.pdf](http://www.ac-nice.fr/lettres/valbonne/file/Camus_Discours_de_Suede_1957.pdf)>.

- EINSTEIN, Albert (1950). «Foreword». En VV.AA., *The Hebrew University of Jerusalem, 1925-1950*. Jerusalén: Goldberg's Press.
- «El futuro de las humanidades en el informe Schochat» (texto en hebreo) (2007). *Igeret [Carta. Revista de la Academia Israelí de Ciencias y Humanidades]*, 29, 28.
- ELIOR, Rachel (2010). «“Present but Absent”, “Still Life” and “A Pretty Maiden Who Has No Eyes”»: On the Presence and Absence of Women in the Hebrew Language, in the Jewish Religion, and in Israeli Life». *Studies in Spirituality*, 20, 381-455. Publicado originalmente en hebreo en *Alpayim*, 20(2000), 214-270. Texto en inglés recuperado de <<http://pluto.huji.ac.il/~mselio/Elior-89.pdf>>.
- FLAVIO JOSEFO (1994). *Autobiografía. Contra Apión*. Traducción de Margarita Rodríguez de Sepúlveda. Madrid: Gredos.
- FRANK, Philipp (1979). *Einstein: Sein Leben und seine Zeit*. Braunschweig-Wiesbaden: Friedr. Vieweg & Sohn.
- GEERTZ, Clifford (1973). *The Interpretation of Cultures*. Nueva York: Basic Books.
- GOITEIN, Shlomo Dov (1978). *A Mediterranean Society: The Jewish Communities of the Arab World as Portrayed in the Documents of the Cairo Geniza. Volume III: The Family*. Berkeley: University of California Press.
- KANT, Immanuel (1979). *The Conflict of the Faculties*. Traducción de Mary J. Gregor. Nueva York: Abaris.
- LIEBES, Yehuda (1996). «The Muses of Helicon [traducción del griego clásico al hebreo del proemio de la *Teogonía* de Hesíodo, con notas e introducción]». *Hadarim*, 12, 18-27.
- MACKINNON, Catharine A. (1987). *Feminism Unmodified: Discourses on Life and Law*. Cambridge: Harvard University Press.
- MANGUEL, Alberto (1996). *A History of Reading*. Londres: Harper Collins.
- MANN, Thomas (1952). *Joseph und seine Brüder: Erster Band*. Fráncfort d.M.: Fischer.
- MENKES, Susy (2011). «Feeling the Flow of Yamamoto». *The New York Times*, 14 de marzo. Recuperado de <<https://www.nytimes.com/2011/03/15/fashion/15iht-fyohji15.html>>.
- NEWSOM, Carol (1985). *Songs of the Sabbath Sacrifice: A Critical Edition*. Atlanta: Scholars Press.
- OZ, Amos (2005). *Una historia de amor y oscuridad*. Traducción de Raquel García Lozano. Barcelona: Penguin Random House.
- POPPER, Karl (2003). *The Open Society and Its Enemies*. Londres: Routledge.
- SCHOLEM, Gershom (1970). «Agnon in Deutschland: Erinnerungen». En *Judaica II*. Fráncfort d.M.: Suhrkamp.
- SÓFOCLES (1981). *Antígona*. En *Tragedias*. Traducción de Assela Alamillo. Madrid: Gredos.
- THOMAS, Keith (2011). «Universities under Attack». *London Review of Books*, 33(24), 9-10. Recuperado de <<https://www.lrb.co.uk/v33/n24/keith-thomas/universities-under-attack>>.
- VOLTAIRE ([1765] 1993). «El horrible peligro de la lectura». *El País*, 23 de abril. Recuperado de <[https://elpais.com/diario/1993/04/23/cultura/735516018\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1993/04/23/cultura/735516018_850215.html)>.